GRANDES



AVENTURAS

INDIANA JAMES

ESTO NO ES EL CINE CHICO

La verdad es que esta vez, si me quejara sería por puro vicio.

Había conseguido uno de mis sueños dorados de los últimos tiempos: unas merecidas vacaciones, y en las mejores condiciones posibles.

Estaba realmente necesitado de tranquilidad, de pasarme unos días y, mejor si eran unas semanas, escribiendo y poniendo en orden todos estos pedazos de mi vida que me ponen en contacto con ustedes y me dan para vivir… y para seguir metiéndome en líos de vez en cuando.



Indiana James

Esto no es el cine, chico

Bolsilibros - Indiana James - 36

ePub r1.0

LDS 20.05.18

Título original: *Esto no es el cine, chico*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

La verdad es que esta vez, si me quejara sería por puro vicio.

Había conseguido uno de mis sueños dorados de los últimos tiempos: unas merecidas vacaciones, y en las mejores condiciones posibles.

Estaba realmente necesitado de tranquilidad, de pasarme unos días y, mejor si eran unas semanas, escribiendo y poniendo en orden todos estos pedazos de mi vida que me ponen en contacto con ustedes y me dan para vivir… y para seguir metiéndome en líos de vez en cuando.

Y el destino había sido compasivo conmigo por una vez, ofreciéndome la oportunidad en bandeja.

Bueno, la bandeja había sido un médico. Un buen tipo al que conocí hace bastantes años, un hombre de mi país, el doctor Littlerock, que durante algún tiempo fue como un hermano para mí. Teníamos en común la afición a las novelas de aventuras: él a leerlas, yo a vivirlas. Por cierto, que hubo una vez que vendí parte de su colección para salir yo de un apuro económico. Una cabronada, pero… Son cosas que uno se ve obligado a hacer para seguir viviendo. Eso me tenía en deuda con él, así que luego le he regalado bastantes de estas cosas que escribo.

Pero ya digo que no es mal tipo, así que fue él mismo quien me ofreció la cosa, sin guardarme rencor.

La cosa y la casa. Pero vayamos por partes.

—Si quieres, Indy, mi mujer y yo estaríamos encantados —había dicho—. Nadie de más confianza que tú para hacerlo… si me dejas los libros tranquilos, claro. Pero un poco de calma y relax no te vendría mal, me parece.

Se trataba, en pocas palabras, de guardarle la casa donde ahora

vivían, mientras ellos hacían un viaje a Santo Domingo. Y la casa era una magnífica mansión metida en un verdadero bosque y decorada a lo grande, en la zona más cosmopolita del Mediterráneo, más incluso que la Costa Azul desde hace unos años. La Costa del Sol, en España, concretamente un lugar llamado Marbella, conocido como punto de retiro por buen número de árabes de los que el petróleo ha enriquecido. Una casa con todas las comodidades, un buen equipo de música a la última, buen video provisto de bastantes películas, toda la tranquilidad del mundo alrededor… y una bodega llena. El paraíso.

—Sírvete, ¿eh? Ya nos conocemos, o sea, que no te prives.

La clientela de mi amigo el doctor debía ser gente de dinero, estaba claro, porque el montón de botellas de «Chivas» no era precisamente compra de supermercado. Bendije a las almas caritativas que habían mostrado su agradecimiento a mi amigo de aquella forma. Y a Littlerock, por supuesto, que sabía compartirlo.

Así que me dediqué a tomar el sol, dormitar junto a la piscina, escribir más bien poco de vez en cuando, darle al Chivas más bien muy a menudo y practicar el «dolce far niente», que dicen. Qué diablos, uno se lo tiene merecido, ¿no? Con esta vida de ajetreo de un extremo a otro del mundo…

Sólo que, al cabo de unos días, estaba harto. Ya he dicho alguna vez que no tengo remedio…

Demasiada tranquilidad. Demasiado lujo. Demasiado silencio. Uno no está hecho para según qué cosas, aunque las busque de vez en cuando.

Le di aún más al *whisky*, pero ni por ésas.

Menos mal que en el garaje, mi amigo había dejado una preciosidad que le servía para distraerse en horas libres, cuando se lo permitía su mujer. Me refiero a una espléndida BMW R-80 GS. Una moto de *cross*, pero no una moto cualquiera, sino una BMW. Por el estilo de las que usan para el París-Dakar, pero civilizada. Una verdadera joya.

Me dediqué a sacudirme el aburrimiento pegando saltos con la moto, por los caminos de los alrededores. La comarca no está mal. Muy cerca del mar, el terreno empieza a subir hacia el interior en una cadena de montes que al parecer fue refugio de contrabandistas

hace siglos y en otra época protección contra los piratas musulmanes del norte de Africa. Hay rincones bastante salvajes y vegetación a un nivel que uno no espera, tan al sur. Y las urbanizaciones se quedan a orillas del mar, el interior es casi selvático.

Al sexto o séptimo día, sin embargo, me harté también de esto. Cuando estás hecho para la aventura, no hay arreglo. Es peor que una droga, no te acostumbras y la tranquilidad te da síndrome de abstinencia.

Sólo que, como también he dicho alguna vez, lo bueno de la vida de aventura es que no hay que buscar líos. Son los líos los que le buscan a uno.

O sea, que tampoco me sorprendí demasiado cuando se armó el follón.

Me acababa de parar al borde de una curva, en la parte alta de una de las laderas de monte cubiertas de árboles, encinas y pinos en su mayoría y procuraba orientarme. De pronto, oí gritos más abajo.

Me asomé. El mismo camino en el que estaba descendía haciendo eses y por allá abajo corría desesperadamente un crío. Bueno, un muchacho. En camiseta y pantalón de deporte, y detrás, un grupo de soldados en traje de campaña persiguiéndole.

«Ojo, Indiana, que estás donde estás. El ejército no es una banda de ladronzuelos cualquiera», pensé.

Pero ya me conocen. Un instante después, mi moto había salvado la distancia que me separaba de los militares. Que, para entonces, habían alcanzado al chico y lo tenían sujeto entre dos.

—¿No es poco enemigo para tanta guerra? —dije, deteniendo la BMW. Dejé el motor en marcha, por si acaso, y el «pu-tu-puf-pu-tu-puf» ponía música de fondo.

Me miraron, sorprendidos. Los miré. Nos miramos unos segundos, nos estudiamos mutuamente. Yo procuré poner toda la pinta de John Wayne-protector-de-los-indios, que pude.

No me gustaron. Para empezar, el uniforme de los tíos no me era conocido. Quizá alguna unidad especial del ejercito español. Pero tampoco llevaban insignia ninguna. Y usaban gorros de esos de ala flexible, como los de los «marines» en Vietnam. Que yo sepa, los españoles no han usado nunca esos gorros, pero tampoco estoy muy al día en cuestiones militares…

Uno de los reclutas se vino para mí.

No dijo nada, pero se le veía en la cara. Venía con el fusil levantado, en un gesto internacionalmente conocido, que puede traducirse muy bien como «vas a ver la hostia que te doy».

«Indiana, compañero, ya la hemos armado. Vas a tener que liarte a tortas y todo», pensé, poniéndome en guardia. No quería soltar la moto todavía, pero tampoco dejar que me dieran culatazos impunemente.

—Alto —dijo uno de ellos. Y el soldadito obedeció.

Añadió algo en un idioma extraño. No lo reconocí. Parecía alemán, pero no sonaba lo mismo. Holandés o flamenco o vaya usted a saber. Pero, desde luego, muy lejos del idioma de los españoles.

Parecía el jefe, desde luego. Un tipo que me estaba estudiando con atención muy concentrada. Le mantuve la mirada, en plan «qué pasa». Creo que le convencí de que no estaba de broma.

—¿Ha hecho algo ese chico? Si no, ¿qué hace tanto adulto jugando por los montes?

Además, estaba el armamento. Una mezcla bastante rara y nada española. Varios fusiles de asalto M-16, un Galil israelita y el jefe llevaba una «Marietta», la Ingram M-10, en la característica funda casi sobaquera. Algo que tampoco está en el armamento regular de ningún ejército del mundo. Para colmo, iban provistos de cuchillos de supervivencia, creo que de fabricación española esta vez, de esos monstruosos que ha puesto de moda el cine. ¿Quién había equipado a aquellos tíos, a pedazos, como Frankestein?

—Papeles —dijo el jefe.

Lo miré cara a cara.

El tipo hizo lo mismo. Nos estudiamos los dos, midiéndonos, como los boxeadores cuando empieza el combate, antes de liarse a porrazos.

Casi diría que el soldadito me tenía simpatía. Una sensación bastante extraña. Como si hubiera visto que yo era rival de cuidado, o así. No sabía yo exactamente qué quería decir aquella expresión.

Pero desde luego, no me había engañado. He tenido suficientes encuentros con policías de medio mundo para reconocer el gesto

habitual, el gesto supremo de autoridad, con el que uno de esos que se consideran a sí mismos Altos Defensores de la Ley y el Orden te pide identificación. Éste no era de ésos. Se le notaba a la legua. Los polis te lo dicen con un tono especial de rutina, un «otra vez el coñazo de tener que aguantar pelmazos de éstos», y a la vez con tono litúrgico, de sacerdote oficiando un rito sagrado. No, este tipo no tenía costumbre de pedir papeles, lo estaba haciendo para hacerme creer que era quien no podía ser. Además, su acento lo delataba. Aquel tío era extranjero, no lo podía negar.

—Nunca llevo la burocracia puesta —dije, en plan socarrón.

Esperaba que se cabreara, pero casi diría que le caí bien. Le bailaba en la mirada esa especie de extraña simpatía. Pero a otro de los soldaditos no debió de hacerle la misma gracia, aunque no creo que me entendiera, porque me volvió a hacer un gesto amenazador de
M-16
.

El jefe le detuvo otra vez. Pero la cosa se alargaba y yo sabía que la tranquilidad ni iba a durar mucho. De reojo, miré alrededor. Detrás de los soldados, arrimado a un lado del camino, me pareció ver, medio tapado por la vegetación, un coche todo terreno. Por las ruedas, claramente lo era, aunque no pude distinguir la marca. Delante de mí, en el camino, sin embargo, tenía cuatro tíos cortándome el paso. Y luego estaban los dos que sujetaban al crío, además del jefe. Demasiados y con armas. ¿Quién me mandará meterme en follones?

En cuanto al crío, no había dicho gran cosa, tan sorprendido como los soldados. Pero decidió corregirse y la dijo. Y con su grito, se rompió el equilibrio y se armó.

—¡Ayúdame! —dijo—. ¡Me quieren matar, por favor, por favor, ayúdame!

Ahora dejé de ser el centro de atención, porque todo el mundo se volvió hacia el crío, mientras uno de los que sujetaban le atizaba un par de bofetadas. Bueno, la ocasión la pintaban calva, así que allá fui.

Metí primera de una patada al pedal correspondiente de la moto, con el embrague cogido. Di gases, generosamente. Y, casi en el acto, solté embrague, con violencia. Toda la potencia, que es

bastante, de la BMW actuó sobre la rueda trasera… y la delantera se levantó en el típico «caballito» que tanto les gusta hacer a los choricetes para arrancar en los semáforos mostrando lo muy hombres que son.

Yo lo usé para caer sobre los cuatro esbirros que me cortaban el paso. Y sirvió. Como en una bolera cuando colocas bien la bola, rodaron por el suelo los cuatro, revueltos.

Así que me lucí en el manejo de la moto. Frené un metro más allá, giré sobre mí mismo, y me lancé contra los que sujetaban al crío. Sin darles tiempo de reaccionar, ni de preparar las armas.

Visto el precedente de sus compañeros, los dos tíos se protegieron de mi embestida y soltaron al muchacho. Yo solté la izquierda del puño de ese lado, y le eché el brazo, en plan gancho, al crío. Suerte que era delgaducho, porque lo pesqué al vuelo y tuve que concentrarme al momento en equilibrar la moto mientras nos lanzábamos a la carrera.

Esperé una ráfaga de la Marietta del jefe, pero no se oyó nada. Tipo más raro, pensé.

Pero no había tiempo para pensar. El crío pudo sentarse en el asiento trasero y así tuve dos manos otra vez para manejar la BMW.

—¡Cógete bien! —le grité.

Y el muchacho debía tener costumbre de hacerlo, porque se enganchó de ambas manos de mi cinturón, que es el sitio más seguro para hacerlo, aunque no es el que prefieren las mujeres en estos casos… afortunadamente.

Allí atrás, los soldaditos habían reaccionado… demasiado tarde. Sonaron voces, disparos, gritos de mando, y alrededor silbaron unas cuantas balas. Pero era tarde.

Me pareció que pasaban siglos antes de que alcanzáramos la curva siguiente, que estaba en el fin del mundo, pero llegamos. El terreno nos protegía de los tiros ahora. Y llevábamos ventaja.

Me hubiera gustado preguntarle muchas cosas al muchacho, pero no era el momento más adecuado. Así que me concentré en hacer mi propia competición de todo terreno, por el camino forestal. Que estaba como suelen estar estos caminos: hecho pedazos. Mantener la máquina a todo gas, de bache en bache y tomando las curvas con inclinación suicida, ya era bastante ocupación.

En un repliegue del terreno, pude sin embargo darme cuenta de que había pasado lo que temía: los tíos habían subido al todo terreno y venían persiguiéndonos. El coche parecía un erizo, con tanto fusil saliendo por las ventanillas.

—No te sueltes, que vamos a bailar, ¿eh? —le dije a mi pasajero inesperado.

Aceleré aún más. La moto pareció que relinchaba. Le iba la marcha, a la máquina aquélla. Las BMW están deseando que les den de correr. Lástima de calor que te echan en las espinillas esos dos cilindros horizontales. Pero lo compensan dando potencia a punta de pala. Se hacen perdonar.

Frené para una curva a la izquierda. Justo en medio de la curva, di gases a todo puño. La moto saltó hacia adelante como un potro en mitad de la pradera. Pero antes de tomar la curva siguiente, aparecieron allá atrás los del coche. Estaban ganando terreno, me pareció.

«Bueno, Indiana. Habrá que aprovechar las diferencias de máquina. Si no, te van a dejar como un colador, a ti y al chico», pensé.

La verdad, ellos debían de conocer el terreno y yo no. Alguna excusa tenía en mi favor…

Había que ir por donde el coche no pudiera seguirme.

Lo decidí sobre la marcha: monte arriba.

Justo doblar una de las curvas siguientes, apareció un terraplén que me pareció adecuadísimo. Clavé frenos, que respondieron con la proverbial eficacia germana y aproveché el derrapaje de la rueda trasera para ponerme frente al monte.

Mientras bajaba de marchas en busca de la primera, volví a gritarle al chico que se agarrara bien…

… Y allá fuimos.

Ya saben cómo se hacen estas cosas, ¿no? Hay que equilibrar el peso de la moto poniendo el cuerpo de uno todo lo hacia adelante que se pueda, lo ideal sería ponerlo en paralelo a la máquina por completo. Con las narices de uno más adelantadas que el faro mismo del trasto y poniendo casi en el manillar los… bueno… la parte de abajo de la barriga, quiero decir. Con eso las manos parece que se quedan allá atrás, cogidas a los puños del manillar, pero muy lejos y encima la derecha tiene que seguir trabajando con los gases.

Lo malo es que desaparece la sensación esa de ir agarrado a algo, apoyado en el manillar, y entra vértigo. En cuanto a los pies, bueno, los estribos de la moto resultan estar allá, en el quinto infierno, como si no fueran de la misma máquina, ni los pies le pertenecieran a uno todavía… Para subir una pendiente fuerte hay que hacer todo eso.

Si les parece difícil, hay un truco para aprender a hacerlo. Búsquense a su peor enemigo, le dan un arma de fuego y que dispare. Ya verán. Entonces se hace cualquier locura con toda la facilidad del mundo. Palabra.

Eso hice yo. Trepé por el terraplén como una cabra montés ruidosa y enloquecida.

Sólo que el que enloqueció fue el muchacho.

Se puso a gritar como si lo estuvieran matando.

—¡Cállate, imbécil! —le grité—. Y consiguió no soltar otra cosa que gemidos. Pero debía estar acojonadísimo a partir del momento en que me eché para adelante en la moto, porque lo demostró un momento después…

… Moviéndose. Lo peor que puede hacer una persona que va de «paquete» en una moto.

Y más si es una situación como aquélla.

Justo llegar arriba del terraplén, el salto final por los aires al terminar el recorrido, eso que tan bonito queda en las fotos deportivas, fue demasiado para el idiota aquél. Se acojonó y se movió. Me vino a desequilibrar, claro, y cualquiera recupera el equilibrio en pleno salto en el aire, cuando te han hecho un movimiento que no esperabas.

La caída fue una catástrofe.

La suya sobre todo, porque fue hacia atrás.

Quiero decir, que además del porrazo contra el suelo, le tocó rodar monte abajo por el mismísimo terraplén que con tanto trabajo acabábamos de trepar. El muy imbécil.

Sólo sé que, cuando conseguí levantar la cabeza, tras aterrizar con todos mis huesos contra el duro suelo y cuando me convencí de que a pesar de todo estaba en una sola pieza, el muchacho no estaba allí arriba, y una polvareda tremenda subía del lugar de mis pinitos motocrosseros. Estaba claro por dónde había desaparecido mi pasajero.

Conseguí arrastrarme hasta el borde, y en efecto: Allí abajo estaba el todo terreno, los soldados habían bajado de él, supongo que alertados por las rodadas o qué sé yo, y estaban recibiendo, justo entonces, el bulto que rodaba por la pendiente abajo hacia ellos, estúpidamente.

No pude ver más. Uno de los esbirros se echó a la cara el fusil automático, orgullo de mi país, y me envió una ración de plomo silbador. Alguno más debió imitarlo, porque otros abejorros de aquéllos silbaron cerca de mi cabeza.

Me dejé rodar hacia donde estaba aún, caída y humeante, la moto y allí me quedé tendido.

Oí el motor del todo terreno que se ponía en marcha, y se alejaba.

Se hizo de nuevo el silencio en la montaña, mientras yo seguía tumbado bajo el sol.

Maldije entre dientes al chico, que había estropeado todo mi número, tanto esfuerzo para nada…

… Y debí de perder el conocimiento, porque no recuerdo más.

CAPÍTULO II

No sé cómo conseguí poner en marcha la moto de nuevo, y llegar a la casa de Littlerock.

Los motoristas dicen que, lo mismo que en las películas el caballo del «bueno» lleva siempre a su dueño de regreso al fuerte aunque los indios le hayan clavado mil flechas, la moto le trae a uno. Hay quien jura que es así, que él no fue quien lo hizo en tal ocasión.

Los menos románticos explican que cuando estás identificado con la máquina, las maniobras se hacen tan automáticas que casi son inconscientes y las haces aunque estés medio groggy. Vaya usted a saber.

Lo que sé es que, de pronto, me encontré tumbado en un sofá de casa de mi amigo, con la sensación de haber sido pisoteado por una manada de toros en estampida.

Y en ese momento, llamaron a la puerta, «Ya está», pensé. «Los tipos esos me han seguido, y quieren acabar el trabajo que empezaron. Me van a acribillar».

Pero no. Por la ventana pude ver que no eran ellos. Era alguien más pacífico, pero también temible.

Cuando abrí, allí estaba Jorge, el hijo de unos vecinos, que ya había procurado hacerse amigo mío un par de veces antes. Creo que andaba detrás de que Je prestara la moto, pero iba listo.

—Hola —dijo—. ¿Puedo pasar?

Hay críos que usan la sonrisa ingenuota con la misma eficacia que las mujeres a la hora de seducir. Son encantadores, saben que son encantadores, que con su ingenuidad abren grietas en las defensas de los adultos, y se aprovechan. Actúan en consecuencia.

—¿Puedo ver una película en tu vídeo? El nuestro está

estropeado, y otras veces tu amigo el doctor me deja… ¿Vale? Gracias.

Y se coló por entre mis piernas, o al menos eso me pareció a mí. No me había dejado hablar y además yo no estaba para reacciones rápidas.

Lo seguí, perplejo, hasta el cuarto de estar. Estaba ya manipulando el video y mientras rebobinaba me miró.

—Estás lleno de tierra, ¿te has caído de la moto?

Todo lo que pude decir fue un expresivo:

—Huh…

—Pues yo tengo un amigo que hace carreras y gana siempre. Y yo no me caigo nunca, tampoco.

Sonreía ingenuamente, así que no podía estrangularlo, aunque me entraran ganas.

—Mira, Jorge, yo… —conseguí decir—. Iba a tumbarme un rato, y…

—Bueno, túmbate. ¿Vas a echarte una siesta? Bueno, pues yo vigilo la casa mientras tú duermes tranquilo, ¿eh?

Glub. Lógica incontestable, como la de las mujeres. A ver qué respondes a eso.

—Mira, en realidad…

Los críos estos que han nacido en un mundo a su medida nos tienen en un puño a los demás, por mucho que haya rodado uno.

—¿Sabes si hay
Coca-Cola
en la nevera? El doctor, tu amigo, siempre tiene. Voy a coger un vaso, ¿eh?

—Espera, tú, que…

—¡Gracias! Eres un tío de lo más guay. —Y desapareció hacia la cocina.

No me obliguen a que les traduzca el lenguaje de los puñado de hombres éstos. Hablan así, y listo.

Imposible enfrentarse con él. Me volví a dejar caer en el sofá. Estaba demasiado vapuleado por la caída para bregar con un crío desenvuelto.

Un instante después, sonaba una ráfaga de ametralladora en la habitación.

Salté al mundo de los vivos para encontrarme con Jorge,

Coca-cola
en mano, maniobrando el video. Había una escena de guerra en la pantalla, que desapareció enseguida.

—No es el principio todavía. ¡Verás qué película! ¡Es tope, guay!

Eso debía de ser un juicio favorable, me pareció.

Y, para mi espanto, lo que apareció en la pantalla fue «Rambo». Horror.

No sé si han visto la película esa. Es una inmensa estafa. Como ya saben, estuve en Vietnam, con lo que tengo materia de juicio suficiente para asegurar que lo que ahí aparece no tiene nada que ver con la realidad. Para empezar, los enemigos no son vietnamitas, sino japoneses, con uniformes japoneses. La selva no es selva, ni nada que se parezca a aquel infierno impenetrable donde yo estuve. No sé qué pintan en la película los rusos, además.

Y cuando los «vietnamitas» de pega usan helicópteros, es uno de nuestros vetustos Bell, concretamente un
UH-1D
, y lo que más tarde quiere ser un helicóptero ruso de combate, es uno de los nuestros disfrazados, probablemente un Sikorsky
HH-53
«Super Jolly Green». Por no hablar de la historia en sí. ¿Solidaridad entre soldados, en el frente? ¿Camaradería? ¿Alguien que te protege las espaldas mientras peleas, para que luego se las guardes tú? Ese guionista no estuvo en el infierno de Vietnam, en aquel sálvase-quien-pueda sin pies ni cabeza.

Estaba demasiado cansado, pero intenté decirle algo a Jorge. No me hizo el menor caso. La pedagogía no es mi fuerte, desde luego, pero el crío parecía encontrar mucho más creíble a Sylvester Stallone.

—¿Que tú estuviste en Vietnam? Bah, seguro que ni pegaste tiros ni nada. ¿A cuántos mataste, di?

Lo dejé metiéndose porquerías por los ojos y me fui a servirme un *whisky*.

Total, otro uniforme de camuflaje metido en mi vida aquel día, aunque fuera el de mi compatriota, el Stallone.

Y mis relaciones con la juventud no habían sido muy positivas tampoco.

Menos mal que encontré una botella de Chivas «Royal Salute»,

reserva de 21 años, en su bolsa de terciopelo y todo y me compensé de las frustraciones con tres o cuatro vasos. Ni las ráfagas de ametralladora que llegaban del televisor me impidieron dormir.

* * *

—Huy, tío raros, por aquí, a montones. Todos los que quiera usted. Los extranjeros, mejorando lo presente, están medio locos todos.

El panadero había venido a vender a domicilio, como es costumbre todavía en algunos sitios de España, y yo sabía que era una de las mejores fuentes de información de la comarca, así que estaba intentando sacarle algo que me sirviera de pista. No había conseguido quitarme de la cabeza todavía lo del muchacho y los soldados, ni podía dejar de pensar en qué habría sido de él.

—Pero los más raros de todos, los de Cerro Blanco. Los que más. Para raros, ésos.

—¿Cómo raros? ¿Qué misterio tienen?

—Bueno, con decirle que el que viene a recoger el pan que yo les llevo viene con la cara tapada, para que no lo vea yo…

¿Tapada? ¿Tapada cómo?

El panadero me miró con cara de paciencia. Parecía pensar «estos extranjeros, todos iguales…».

—Pues tapada. Con una capucha. Como en Semana Santa, pero sin picurucho —dijo.

Traté de imaginármelo. Por aquellas tierras celebran la Semana Santa con procesiones en las que desfilan una serie de encapuchados.

Como yo ponía cara de incredulidad, insistió:

—¿Usted no ve películas? Pues como los verdugos. ¿No llevan los verdugos una capucha cuando van a cargarse a alguien?

—Sí, claro.

—Pues igual. Lo mismo que los verdugos esos.

Era difícil de creer. Pero desde luego, había que verlo.

A la mañana siguiente, estaba en Cerro Blanco.

Letreros de aviso no faltaban, desde luego. Ni alambradas. Pero estábamos un poco lejos de la zona donde yo me había encontrado con los esbirros armados.

Había llevado unos prismáticos, pero ni con ese trasto podía ver

nada. Una buena alambrada, en algunos sitios doble, que rodeaba una extensión de terreno enorme, en una colina rodeada de barrancos. Casi una fortaleza. Un sitio ideal para el aislamiento. Y en el interior había toda una urbanización, conté una docena de casas. Sitio de sobra para alojar a un regimiento… pero con comodidades como ya las quisiera cualquier soldado.

Calculé cómo acercarme. El ruido de la moto me delataría. O sea, que había que hacerlo a pie.

Escondí la «BMW» entre los árboles, encinas bajas que resultaban ideales para esos fines. Y con unos buenos alicates, no tardé demasiado en hacerme un paso.

No se oía nada en absoluto. Ni perros guardianes siquiera. Sólo las chicharras, esos bichos que son música del Sur.

Caminé hacia una de las casas, aproximándome por una de las fachadas sin ventanas.

Luego, siguiendo la pared, me fui acercando cuidadosamente a la primera ventana. No se oía conversación alguna. Todo parecía muerto.

Y a punto estuve de morirme de la impresión cuando una voz dijo a mis espaldas:

—¿Qué busca, forastero?

Me volví. La voz no tenía el menor tono de inquietud o de violencia. Era un extraño personaje. No llevaba capucha, sino una especie de vendaje sobre la cabeza. Y usaba guantes blancos. No se le veía un milímetro de piel, cosa bastante rara bajo el sol andaluz. Y no llevaba nada que se pareciera a un arma.

—¿No ha visto los carteles? ¿No hay bastante con la cerca para librarnos de los curiosos? —dijo.

Me sentí bastante imbécil. Tenía toda la razón del mundo, yo no tenía el más mínimo derecho a meterme donde no me llamaban. Y además, me habían cogido.

Pero intenté plantar cara.

—El que se esconde, algo tiene que ocultar…

—Claro que sí. Bastante que ocultar, sí —dijo. No tenía inquietud ni enfado ninguno. Empecé a pensar que había metido la pata—. ¿Por qué no ocultar lo que los demás no quieren ver?

¿De qué estaría hablando? No tenía la menor idea.

Por toda respuesta, el tío empezó a quitarse un guante. Los

movimientos eran torpes, lentos, cuidadosos. Como si le doliera hacerlo, en algunos momentos.

De debajo del guante salió una… bueno, una extraña cosa repugnante que sólo muy lejanamente recordaba una mano. Una especie de zarpa de la que sobresalían huesos entre piel que parecía putrefacta y músculos al descubierto. Se me revolvieron las tripas, me entraron ganas de vomitar.

Luego, el tipo empezó a quitarse el vendaje, el de la cara. Un vendaje prefabricado, casi de una pieza, como para facilitar la tarea de ponérselo y quitárselo.

Se lo quitó y… dioses, no vomité de milagro.

¿Han visto alguna vez esas figuras con las que se estudia anatomía humana, que muestran la musculatura de la cara? Son de todo menos agradables, ¿no? Bueno, pues imagíneselo con la piel cayéndose a pedazos de encima de esos músculos, con zonas ennegrecidas, como podridas… Los ojos sobresaliendo de entre una masa de piel y músculos en descomposición, los dientes parcialmente al descubierto…

Y, sin embargo, aquella cara monstruosa estaba viva y casi se diría que llegaba a sonreír, lo que ya era tener ganas.

—¿O quiere que nos paseemos por la ciudad con este aspecto nuestro? —dijo.

Eché a correr. No sé si huyendo de aquel horror o de la sensación de tremendo ridículo que me roía las tripas.

—¡Si conoce a alguien con su misma curiosidad, dígale que también los leprosos tenemos derecho a vivir en paz! —me gritó, con un timbre de guasa en la voz.

Pasé por el agujero de la cerca saltando casi de cabeza, puse en marcha la moto, y no paré hasta la casa. Me duché doce o trece veces. Sólo faltaría dejarle a mi amigo la casa infectada de lepra. Indiana, esta vez te has pasado, pensé.

Me había equivocado. Una metedura de pata de las que hacen época. Una cosa indigna de mí, si me permiten decirlo.

Total, sólo he metido la pata unas dos mil veces en lo que llevo de vida…

* * *

Las siguientes pesquisas las hice en el sitio que me pareció más

lógico: la única armería de la zona. En algún sitio tendrían que comprar balas los tipos aquellos, ¿no? Claro que no esperaba que lo hicieran así de a las claras, pero nunca se sabe.

—Ah, sí, tengo un cliente magnífico. Pero… Ay, madre, esta memoria mía…

La gente de por la costa ha visto tanta televisión como en el resto del mundo. Y han aprendido el lenguaje universal de los billetes, maldita sea su estampa.

Solté uno de cinco mil pesetas locales. Viene a ser como un buen puñado de dólares.

—Ah, sí, creo que era… Pero es que esta cabeza mía cada día está peor. Además, ¿por qué quiere saberlo, oiga?

No respondí, pero solté otro billete. Maldita sea la televisión y las series de detectives.

—Sí… Bueno, le decimos el Viejo, por aquí. Un hombre mayor, con aspecto de duro, no sé cómo decir… ¿Sabe lo que me extraña de él? Se lleva mucho aceite de limpiar armas, él o sus empleados… Mucho aceite, de ese especial, ya sabe…, Y sí, desde luego yo sabía dónde vive, este… ¿Cómo era? Yo lo sabía, esta cabeza…

Estaba listo sí creía que me iba a seguir enrollando. Saqué otro billete de cinco mil, pero lo mantuve lejos del alcance de su mano, a la vista.

—Es que esta memoria… Era por la parte del interior, tirando ya para la montaña…

Me debió de notar la cara. Mi «encuentro» había sido por allí.

Alargó la mano para coger el dinero. Yo no moví un músculo, manteniendo el billete lejos de esa mano.

El armero se mosqueó. Intentó ponerse duro:

—Bueno, precisamente conozco al sargento del puesto de la Guardia Civil. Tengo muy buenos amigos en la policía, ¿sabe?

Bueno iba si creía que…

—Yo también tengo buenos amigos. Los enemigos, en cambio, me duran muy poco. Los machaco antes de que se pongan pesados.

¿Se pensaba el tío que yo no he visto telefilms, o qué?

Soltó una sonrisa tímida.

—Según se sube por la urbanización Vistabella, antes de llegar a Los Altos, un carril de tierra. Lo conocerá enseguida, por los muchos letreros de «prohibido». Y si no anda listo, serán los Doberman los

que le encontrarán a usted. Están amaestrados, ¿sabe?

Tendió la mano, sonriendo aún.

Yo sonreí también. Pero con la sonrisa más de anuncio de dentífrico que tengo. Y me guardé el billete, claro.

—Ha sido muy amable, gracias. Y saludos a sus amigos.

Las maldiciones por bajo que dedicó a mi familia me persiguieron hasta más allá de la puerta. Pero mis antepasados deben estar acostumbrados ya.

Esa tarde, repetí la escena. Con los prismáticos, estudié desde lejos el lugar que tan amablemente me había indicado el armero. Sí, allí estaba el carril de acceso y los letreros se multiplicaban un poco más allá. Pero la casa era apenas visible. Estaba metida de tal forma en el terreno que no había manera de distinguirla. Apenas unos muros de unos cuatro metros de altura, que rodeaban una hondonada de terreno. Y esos muros estaban a su vez ocultos entre vegetación.

Observé atentamente. Entre los árboles y el muro, había alambre de espinos. Toda una posición fortificada.

—Indiana, viejo, esta vez tienes algo —me dije.

Y por allí andaban los perros, desde luego. El armero sería avaro, pero no parecía embustero. Todo encajaba con lo que me había dicho. Varios Doberman, el perro asesino fabricado por los nazis, mediante cruces de razas, precisamente para matar. Un tipo de animal que no me ha sido simpático jamás. Y no me desagradan los perros.

Examiné cuidadosamente el terreno, pero no se me ocurría la menor idea para entrar allí. Como no abrieran el portón para entrar o salir, no había forma de forzar el acceso. Todo estaba muy cuidadosamente controlado. Imposible.

Volví a la casa de mi amigo. Volví a servirme otro *whisky*. Cuando me había sentado, volvieron a llamar a la puerta. Volví a sobresaltarme, ahora sería la Guardia Civil, alertada por el armero. Pero volvió a ser Jorge.

—Hola —dijo, con una sonrisa puesta—. Me dejé aquí la película el otro día, ¿verdad? ¿Puedo pasar y la recojo?

Se coló dentro sin esperar a que le diera permiso. Lo seguí hasta el cuarto de estar, y pude fijarme en su atuendo: iba vestido con unos pantalones de camuflaje, llevaba un cuchillo a la cintura y una

camiseta de color militar, de manga corta. Le faltaba sólo la dichosa cintita del pelo para ir disfrazado como su ídolo, el Rambo de las narices.

—Me voy con unos amigos. Estoy aprendiendo muchas cosas, ¿sabes?

No le pregunté. Para qué. Seguro que se estaba dedicando a jugar a Rambitos con los amigos.

Me quedé mirándolo con una extraña mezcla de sentimientos. Que se podrían resumir en uno: unas inmensas ganas de darle un buen montón de azotes. Pero hasta yo, que no sé nada de pedagogía, sé que ése no es sistema.

Así que volví a sentarme y a darle al Chivas y a pensar en la única cosa que tenía metida en la cabeza en ese momento: cómo entrar en el fortín amurallado, sin toparme cara a cara con los mercenarios de pacotilla que se llevaron al crío aquél. Estaba seguro de encontrarlos dentro.

O sea, cómo meterme de cabeza en la boca del lobo.

Pero ya se sabe que… no tengo arreglo.

CAPÍTULO III

Pasé toda la mañana siguiente por los alrededores de la finca amurallada, observando.

Partiendo de la carretera que me había dicho el armero, el camino se alejaba bastante, hacia la entrada de la finca. O sea que, usando las magníficas propiedades como máquina de campo de la «BMW» (aunque resulta pesada, menos mal que lo compensa a base de empuje de su magnífico motor), fui de colina en colina, alrededor de la finca. Por fortuna, la moto tiene un ruido muy bajo, a diferencia de las máquinas de su tipo. Eso me haría pasar desapercibido, si alguien vigilaba en la casa.

Desde un sitio y otro, a cada rato, inspeccioné la finca con los prismáticos. Nada. Quienquiera que fuese el que la construyó, sabía lo que hacía.

Me pregunté cómo se abastecerían de agua. Pero seguro que tenían un pozo propio. Con toda la montaña por ahí arriba, lo más probable es que hubiera agua. Tampoco había forma por ahí.

¿Electricidad? Sí, había una línea de acometida. Quizá… Por ahí pudiera ser que…

Seguí rodeando la casa. Ni un signo de vida, desde luego. Cuando algo se veía entre los árboles, eran los altos muros o las alambradas o el portón metálico de entrada. Sólo eso, nada más que eso desde cualquier ángulo que se mirara.

Y claro, los enigmas tienen la virtud de atraerme como nada en el mundo. Me resultan un desafío, por el simple hecho de ser enigmas. Qué le vamos a hacer.

Volví a casa a comer. Me pregunté cómo se alimentarían los ocupantes de la finca. Pero eso tampoco planteaba grandes problemas. Con bajar al pueblo una vez al mes, o menos aún, y

tener un buen congelador, solucionado. Hay amas de casa que hacen algo parecido, simplemente para ahorrarse molestias. Y no era cosa, desde luego, de estar esperando semana tras semana a que se produjera esa única salida mensual… si es que no se abastecían en plazos más largos aún.

O sea, que sólo quedaba lo de la electricidad…

En ese instante llamaron a la puerta. «Oh, no», pensé. «Jorge otra vez, no».

Pero no era Jorge. Era el vecino, su padre. Muy enfadado.

—Oiga, usted, ¿qué anda usted enseñándole a mi hijo?

—¿Yoooo? —dije. Y mi sorpresa era de lo más sincera.

—Sí usted. Su amigo el americano. El que le anda metiendo en la cabeza todas esas cosas del Rambo y demás historias. ¿Dónde está mi hijo? ¡Dígale que salga inmediatamente, que no volverá a pisar esta casa más! ¡Vamos!

Me las arreglé para calmarlo. Le hice pasar. Le ofrecí algo de beber, que no aceptó. Cuando el enfado le disminuyó un poco, conseguí averiguar que desde el día anterior, cuando el chaval me dijo que se iba con sus amigos, no había aparecido. No durmió en casa esa noche, y el padre estaba mosqueado.

—Sí, su amigo el americano. ¿No es usted americano? Siempre anda comentando todo lo que aprende. Sus propias ideas sobre cómo andar, cómo salir de marcha, cómo hacer fuego sin humo… ¡Estoy bastante harto de tener un comando en miniatura metido en casa, un «boina verde» de doce años!

O sea, que lo de Rambo había ido demasiado lejos. Pero si algo tenía claro era que yo no había enseñado nada de eso al chaval, así que pude tranquilizar al padre. Le dije que daría una vuelta por los alrededores, y procuraría buscarlo. Creo que se fue más calmado, al final.

Pero yo no. Yo no me calmé.

Un americano, ¿eh?

Y alguien de quien se aprendían eso que ahora se llama «técnicas de supervivencia». Como los boy-*scouts* de antes, pero en plan bastante más peligroso, sobre todo ideológicamente.

Me eché a los caminos de nuevo y anduve preguntando por acá y por allá. Nadie parecía haber visto al crío, desde luego.

Y algo se iba formando en mi cabeza. Algo que iba creciendo en

mi cerebro poco a poco.

Rambo, ¿eh? Uniformes de camuflaje, técnicas de comando, «estoy aprendiendo muchas cosas»…

Y otros uniformes de camuflaje, cuchillos de supervivencia, armas y un grupo de tíos que hacen de soldados… con fuego real.

«Un americano». Por allá al fondo me venía a la memoria algo, un recuerdo de mucho antes, adormecido… Como un cabo suelto que yo hubiera dejado ir en el tiempo y que quería volver a atraer la atención. ¿Qué diablos era, por todos los dioses?

Bien, fuera lo que fuera, una cosa se me estaba conviniendo en idea fija. No tenía más que una pista y estaba dispuesto a seguirla. La solución podía estar en la finca de quien el armero llamaba «el Viejo» y mi intención era encontrarla.

Volví a casa de los Littlerock. Era ya tarde. Cuando me estaba sirviendo el habitual «Chivas», llamaron a la puerta. «Esto se está convirtiendo en costumbre», pensé. Como si alguien de la Liga Antialcohólica hubiera puesto un contacto oculto en la botella de *whisky* para dar la alarma.

Era el padre de Jorge. Ya no estaba cabreado, pero sí muy inquieto.

—¿Averiguó algo?

—Nada —dije—. Pero no se preocupe…

—Yo, sí —me cortó—. Vengo de Comisaría, de denunciar la desaparición de mi hijo. Hay otros dos casos en circunstancias parecidas. Y las edades coinciden.

Vaya, eso era nuevo. No se me había ocurrido pensar que otros chicos pudieran haber compartido la «Rambomanía». Porque estaba seguro de que alguna relación tenía.

—Pero hay más —añadió el padre—. Al parecer ha habido una denuncia sobre un grupo paramilitar, de adultos armados, que hirieron a una pareja que circulaba por una pista forestal. La policía excluye que pueda tratarse de vigilantes jurados de alguna urbanización privada, ni de los hombres de seguridad de alguno de los millonarios árabes. Y creen que puede haber relación entre los dos hechos.

Bueno, aquella historia me sonaba más que cercana. Casi estaba siguiendo el hilo de mis inquietudes de días anteriores. Alguien había pasado por mis mismos problemas y no había tenido

escrúpulos, como yo, para ir a la policía. Alguien menos reacio que yo a que la policía fisgonee en su vida.

Despedí al padre, intentando quitarle importancia a la cosa. Quedó en avisarme si había novedades.

—Vaya, vaya… —me dije—. Indiana, hijo, todo hace pensar que has vuelto a meterte en un lío.

Me dormí bastante tarde. Le daba vueltas una y otra vez al asunto.

Y como de costumbre, mi manera de solucionar una duda es actuar. Ya saben.

De todas formas, no me hacía falta ninguna. Pero si era una razón para moverme lo que estaba esperando, ya la tenía. Jorge era una razón más que suficiente.

* * *

El vendedor puso cara de asombro. Supongo que había pensado mil veces que aquello no lo vendería en la vida.

Pero yo había visto en uno de mis paseos por la ciudad una pajarería y en la pajarería un pobre cernícalo, muerto de asco en el fondo del escaparate. A saber cómo llegó allí, pero me había dado una idea.

—Es un ave realmente espléndida —dijo el tío, haciéndome el producto—. No tendrá la prestancia y majestad del águila, sin duda, pero…

—Corte el rollo —dije—. ¿Cuánto pide por él?

—Hmmmm… Bueno, es una pieza realmente excepcional, y…

Evidentemente, se había equivocado de hombre.

—Sí, desde luego. Tan excepcional como para estar protegida por la Ley. Todas las rapaces lo están. O sea, _ ce si la ha tenido aquí durante el tiempo que ha estado, es sólo porque no se ha tropezado usted con ninguna persona dispuesta a tomarse molestias por un pájaro. ¿Cuánto vale, digo?

Un tanto derrotado, el tío me cobró poco. El problema fue convencer al pobre bicho para hacer el viaje en la especie de jaula en que lo obligamos a meterse y luego a soportar el ruido de la moto.

Estuvimos en los alrededores de la finca pronto. La mañana aún no había avanzado mucho.

Busqué el cable de acometida de electricidad a la finca. De la bolsa que había sujetado al portaequipajes de la moto saqué una larga cuerda. Até una buena piedra al extremo y la hice balancear en plan péndulo. Luego, tras haber cogido impulso de esa forma, disparé la cuerda, con la piedra al extremo, de forma que pasara por encima del cable. Cayó por el otro lado, y al caer se arrolló sobre el cable, por el mismo peso de la piedra.

El resto fue fácil. Un buen tirón y el cable se partió, pegando chispazos. El trozo que tenía aún corriente quedó colgando del último poste, mientras el otro trozo caía a tierra. Hice desaparecer la cuerda escondiéndola bien.

Abrí la jaula, con un guante de cuero puesto. Cogí al cernícalo, resguardándome de los picotazos.

—Bueno, compañero, ahora viene lo más desagradable. Créeme que lo siento. Pero es cosa de fuerza mayor, ¿sabes?

Fue bastante desagradable, desde luego, pero un momento después el bicho estaba muerto. No se lo cuenten a nadie, ¿eh? Son cosas que no me gusta hacer.

Le arranqué unas plumas, las enganché en los trozos del cable inerte. Luego, abrí un poco las alas del pájaro y lo puse en postura más o menos convincente. Luego, pegué unas cuantas patadas en la tierra para disimular las pisadas. Puse en marcha la moto, por suerte con su «tu-pu-tuf-tu-pu-tuf» poco ruidoso y la alejé un buen trecho. Quedó bien oculta entre encinas y matorrales.

Volví luego, andando sobre vegetación, y borré las huellas de los neumáticos con una rama en lugar de escoba.

Sólo quedaba esperar. No creía que tardaran mucho.

Pero debieron de tardar lo suyo en encontrar la avería, porque no aparecieron hasta pasada casi una hora. Sesenta desesperantes minutos y un montón de segundos.

Cuando sonó el motor del coche, casi no me lo creía.

Pero lo recibí con una sonrisa de oreja a oreja. Y6 conocía aquél todo terreno. Ya había tenido un reencuentro con él.

—Bueno, Indy, viejo —me dije—. Ahora no habrá más leprosos. Esta vez estás en buena pista.

Permanecí escondido mientras del coche bajaban varios individuos. Conocía a alguno de ellos, desde luego. Los mismos uniformes camuflados, el mismo equipo. ¡Los había encontrado!

Al volante quedó un tío bastante joven, muy rubio, con pelo a cepillo. Los que bajaron eran tres.

Maldijeron en un idioma extraño, pero bastante contundente. No hicieron ningún gesto de extrañeza, dando por hecho que la interrupción de corriente la había causado mi pobre cernícalo sacrificado.

Dos de los uniformados se dedicaron a examinar el poste del que colgaba el cable de llegada. Me ilusionó la idea de que fueran tan tontos cómo para tocarlo y quedarse pegados, pero tomaron todas las precauciones. El otro, mientras, se dedicó a curiosear.

Curioseó demasiado. Empecé a inquietarme. Miró una y otra vez al cernícalo muerto. Lo examinó con cuidado. Luego miró alrededor. «Maldita sea», pensé, «este tipo no es tonto. Se va a dar cuenta de lo que he preparado».

Algo estaba pensando el tío, desde luego, pero no dijo nada. Examinó el terreno alrededor. Debía buscar huellas, porque comenzó a mirar en círculo en torno al lugar donde estaba el pájaro muerto. Y a moverse hacia donde yo estaba escondido.

Yo tenía la seguridad de haber borrado bien las huellas de los neumáticos de la moto, pero la rama que usé deja unas señales, una especie de rascado en el suelo. Y el tío debía saber lo que hacía. A buen seguro había descubierto ese rascado. Empezó a seguir el recorrido que yo había hecho con la moto, hacia mí.

De pronto, miró hacia los matorrales donde yo estaba agazapado. No moví un músculo, que hubiera sido la forma ideal de darme a conocer. Pero me entró un sudor frío. Eran cuatro, y armados.

El esbirro volvió a concentrarse en las huellas, aun sin decir lo más mínimo, mientras sus compañeros seguían liados con lo del cable. Hablaban entre ellos, supongo que intentando ponerse de acuerdo sobre cómo arreglarlo. El otro, al volante del coche, no se movía. Tenían más bien aspecto de aburrimiento todos.

Mi «rastreador» dio otros pasos hacia donde yo estaba. Si seguía así, era capaz de pisarme sin darse cuenta.

Se colgó el fusil a la espalda, para ir más cómodo. No podía saber qué pensaba, pero supongo que había tomado el rastro más como una curiosidad inexplicable que como una amenaza para su seguridad. Así que estaba relajado como un excursionista en busca

de setas.

Otro par de pasos antes de detenerse de nuevo. Ahora estaba ya entre las encinas, mientras sus compañeros se quedaban junto al poste. Si avanzaba otro poco, la vegetación lo ocultaría de los otros.

Un paso más. Se agachó. Cogió una rama y la examinó distraídamente. Volvió a levantarse. Otro paso. Y luego otro.

Ahora estaba ya entre los árboles, oculto de los otros. Y en ese instante, le vi la cara de extrañeza. Se agachó rápidamente.

Cogió algo del suelo. Una piedra negra. Se la llevó a la nariz y la olió.

¿Qué estaba haciendo aquel loco?

¡Y de pronto lo entendí! ¡Grasa! ¡Una gota de grasa de la «BMW»! ¡Ni la superperfecta mecánica germana está libre de algún achaque menor y la máquina había soltado una gota de grasa… que el uniformado acababa de descubrir!

Se volvió para llamar a sus compañeros. Lo vi en su cara, vi que iba a hacerlo…

… Y salté sobre él para impedírselo. Con toda la fuerza que da la certeza de lo que se me podía venir encima.

Fui yo quien vino encima de él. Y me salió perfecto. Un golpe en su nuca, con la mano de canto y de su boca no salió palabra alguna. Agachado como estaba, se derrumbó de lado y quedó en el suelo.

Era el momento de aplicar la otra «arma secreta» que me había agenciado. Del bien provisto armario de medicinas de Lilttlerock (los médicos no saben vivir sin una buega provisión de sus potingues) había cogido un par de cajas de un sedante, con las que había llenado tres grandes jeringas, de las desechables, de la misma procedencia. Había calculado las dosis según las marcas de las jeringas, así que le inyecté al soldado una cantidad triple de lo normal. Calculé que tendría sueño para rato.

Bien, ahora tenía armamento a mi disposición. Le quité el fusil al durmiente, cogiendo a la vez dos cargadores de repuesto y cambié de posición.

Justo a tiempo. Los que estaban ocupados con el cable volvieron hacia el coche. Hablaron algo con su compañero sentado al volante. Un instante después, mientras el motor del vehículo se ponía en marcha, uno de ellos dio una oz. Seguramente el nombre del tío al que yo había puesto a dormir.

No contestó nadie, claro.

El conductor tocó el claxon. Esperaron, pero nadie estaba en condiciones de responderles.

Entonces, uno de ellos vino andando hacia donde su compañero había venido tras mis huellas. Sonreía, pensando probablemente que el otro estaba ocupado en algo personal.

Pasó ante mí, llamando. Me dio la espalda un momento. El resto fue fácil. Esta vez usé la contundente culata de plástico del
M-16
. Para estos fines eran mejores las viejas culatas de madera, pero aun así, sirven las nuevas.

«Dos», pensé.

Con el tercero, la cosa no pudo ser tan limpia. Desconfió lo suficiente como para acercarse con el
M-16
amartillado. Tuve que hacerlo por lo sucio.

… O sea, saltar sobre él por la espalda y clavarle el cuchillo de supervivencia de su compañero, tan «rámbico» 99, en el cuello, buscando la yugular. Tal como me enseñaron en Vietnam, y les enseñan, para bien o para mal, a todos los reclutas del mundo que reciben entrenamiento de combate. Esas cosas son así.

El conductor estaba inquietándose, pero más inquieto quedó cuando el cañón del fusil de uno de sus compañeros se apoyó contra su cuello, viniendo del lado opuesto al que él esperaba. O sea, por la ventanilla del lado derecho del coche. Metí el fusil por allí con una sola mano, casi en plan lanza.

—¡*STOP*! —dije. Aún no sabía qué idioma hablaba el rubio, así que me decidí por una palabra más que internacional.

Un momento después comprobaba que, con las cuatro palabras que yo sé de alemán (más bien debería decir tres), y otras varias en inglés elemental pronunciado despacio, más las universales señas, me entendía. Le obligué a ir en busca de sus compañeros «dormidos», dejamos allí al acuchillado bien oculto y los colocamos sobre los asientos, en postura que pareciera natural. Yo me senté delante, tras endosarme uno de sus chaquetones y un gorro flexible «vietnamita». El fusil no dejaba de estar dirigido hacia la asustada cara del rubio.

—Bien, y ahora, amigo, vas a escribir una nota de urgencia para

el jefe. La avería es grave y hacen falta varios hombres para repararla. Y me la darás para que la lea antes de entregarla, por supuesto. ¿Entendido?

Costo trabajo, pero lo entendió. No tardó mucho en hacer la nota. Por lo que pude entender, no había trucos. Bien, con eso estábamos listos. Así que arrancó, tembloroso y nos pusimos en marcha.

Cuando estuvimos ante el portón de entrada y cuando hizo sonar el claxon tres veces, supe que la suerte estaba echada. Mientras se descorría una especie de mirilla en el portón y alguien nos observaba, sentí un extraño sudor por la espalda.

Ahora, fuera lo que fuera lo que me esperaba al otro lado, ya no habría retroceso posible.

Y no me hacía muchas ilusiones en cuanto al tipo de gente que pudiera haber allí dentro.

CAPÍTULO IV

El portón se abrió por fin, o sea que ya no tuve tiempo de más pensamientos. Ahora ya no podía hacer más que actuar.

Bueno, y hacer actuar al rubio tembloroso que llevaba el volante y con él mis destinos. Los dos títeres dormidos del asiento de atrás no contaban.

Por fortuna, mis amenazas debían haber sido suficientemente contundentes como para conseguir su obediencia, porque el rubio fue un buen actor. Repitió el papel que yo le había asignado como si estuviera empeñado en ganarse el Oscar del año. Qué gran director se perdió Hollywood conmigo.

Nada más entrar con el todo terreno por el portón, el rubio sacó el brazo por la ventanilla, cogió la nota que yo le había hecho escribir y se la entregó religiosamente al centinela, o lo que fuera, que estaba a cargo de la entrada.

—Dovischóien und duiven farten damme electricita ten posten, bítten —dijo el tío, o me pareció algo semejante.

Y acto seguido, embragó y entramos en el cuartel, como yo le había dicho.

Cuartel, sí. Porque aquello era eso.

Todo bastante blanqueado, sobre todo por encima y por fuera, sí. Me figuro que lo hacían por si alguien conseguía asomarse de alguna forma allí dentro (helicópteros de la policía de tráfico, por ejemplo, o aficionados con un ultraligero, nunca se sabe). Así parecería una urbanización más. Pero, por lo demás, un cuartel y de lo más inquietante. Sin banderas a la vista, probablemente por lo mismo, pero cuartel.

El rubio condujo hacia otro portón, pero éste de acceso a una nave que era más bien una especie de garaje, siempre siguiendo mis

instrucciones y «aleccionado» por el fusil que le apuntaba. Y una vez allí, detuvo el coche en lo que claramente era su sitio, porque había otro par de vehículos iguales a los lados, dejando espacio libre. Además, no vi a nadie en el garaje. Todo en orden.

No estoy seguro de que me entendiera, pero tampoco hizo falta. No le di tiempo. Antes de que pudiera moverse ni protestar, ya tenía clavada la aguja de la jeringa en el cuello.

Se volvió hacia mí y trató de decir algo. Le puse el fusil en las mismas narices. Un momento después, se le puso cara de idiota (no es que antes la tuviera muy de candidato al premio Nobel antes, pero en fin…). Luego, de felicidad. Se le entrecerraron los ojos. Y por fin, la cabeza le cayó para un lado y se quedó plácidamente dormido. Vaya sedante, el del doctor. Cierto que yo lo administraba en dosis de caballo, pero así y todo…

Bien, ahora había que pensar en otras cosas. Acomodé al conductor en el asiento delantero, tiré de los otros dos durmientes para que siguieran durmiendo en el trasero, fuera de la vista de quien pudiera acercarse por fuera, esperé un momento escuchando y, como no se oía nada, salí.

En el silencioso garaje había vehículos sobre ruedas como para hacer la fortuna de cualquier coleccionista un poco maniático.

Además de los tres o cuatro todo terreno como el que me había traído allí, había verdaderas joyas de la mecánica. Piezas por las que se pagan millones en cualquier subasta en que aparezcan. Casi me entró la codicia. Si no fuera porque lo que me había llevado allí era otra cosa…

Un par de Kübelwagens relucientes, nuevecitos, impecables. Ya saben, la versión militar y hitleriana del Volkswagen, el equivalente nazi del *jeep* cuando la Guerra Mundial. A su lado, un Schimmwagen, que era a su vez la versión anfibia de ese mismo coche. Sólo eso, ya era como para hacerse millonario vendiéndolos en mi país, por ejemplo, donde tanto coleccionista hay.

Pero es que a su lado había un Mercedes de seis ruedas, el coche que usaba Hitler para los desfiles militares, como el que regaló uno a Mussolini y se dice que otro al general Franco, en España. ¿Qué demonios estaría haciendo aquello allí?

Admirando aquellos coches, fui un poco hacia el fondo del garaje. El siguiente vehículo era un Hórch, un coche de mando del

ejército nazi. Lo más notable de este trasto es que las dos ruedas de repuesto las llevaba verticales, a los lados de la carrocería y un poco levantadas respecto al suelo, de forma que si al hacer todo-terreno el chasis bajaba demasiado hacia el suelo, el coche se apoyaba sobre esas ruedas y pasaba sin tocar. Otra joya, desde luego, porque todos los coches de este tipo fueron destruidos o desguazados cuando la derrota del ejército alemán en 1945. Entonces, ¿cómo demonios había llegado aquello al sur de España?

Pero, lo que era más inquietante: todo nazi. Entonces, ¿quién era el coleccionista? ¡Aquello no estaba allí como museo del automóvil, precisamente!

No tuve tiempo de más. Por la puerta del garaje empezaron a entrar individuos uniformados y no pude hacer más que esconderme donde pude.

Nadie me hizo el menor caso. Los tres todo terreno como el que yo había usado que estaban a la entrada se pusieron en marcha, y salieron a toda velocidad, llenos de gente. Una camioneta semejante, pero descubierta, fue cargada en cuestión de segundos con escaleras y cajas de equipo y salió también, con otros tipos a bordo. Luego, se hizo de nuevo el silencio en la gran nave.

Sonreí para mí mismo. Aquello era la consecuencia de la nota que mi conductor rubio había entregado, portándose como un buen chico, al centinela de la puerta. Le había obligado a pedir hombres para reparar la avería eléctrica y allá iban los enviados. Todo me estaba saliendo a pedir de boca.

Me asomé fuera, con cuidado. El gran patio del cuartel estaba desierto. El centinela del portón, allá lejos, estaba cerrando la entrada y volvió enseguida a su sitio, una especie de garita donde probablemente estaría sentado, más a gusto que bajo el sol. Eso volvía a dejar desierto el lugar.

Examiné los edificios con detenimiento. Pero no había mucho que ver. Eran todos muy iguales, con aspecto exterior de naves agrícolas. Tendrían unos cuarenta o cincuenta años encima, por lo que pude ver de su estilo arquitectónico. Me recordaban la arquitectura racionalista de los años cuarenta, que Franco interpretó a su manera cuando reconstruyó los pueblos que la Guerra Civil española había dejado hechos pedazos. Por la misma costa había algunos ejemplos y un barrio entero de viviendas a la

salida de Málaga, sin ir más lejos. La carretera pasaba por allí.

Sólo que cualquiera sabía a qué se dedicaban aquellos edificios.

No había más que una manera de saberlo.

Entrar en ellos, claro. Ya puestos y aprovechando que estaba dentro, y las cosas me salían tan bien…

Conservaba aún el chaquetón y el sombrero blando de uniforme de aquellos individuos, o sea que podría pasar desapercibido, pensé. Empuñé el fusil y salí fuera, andando con toda la naturalidad que me fue posible.

Y el infierno se me vino encima con la misma naturalidad.

Recordé de pronto que el armero me había dicho algo muy interesante. ¿Qué era? Ah, sí. Era: «si no anda listo, serán los doberman quienes lo encontrarán a usted». Eso era lo que había dicho. Ahora lo recordaba bien.

Demasiado tarde.

Porque si me acordé del armero fue precisamente porque todos los doberman del mundo se me echaron encima de golpe, salidos de quién sabe dónde, ladrando furiosos, asesinos, hambrientos. Enseñando los dientes afilados como sables. Con ganas de devorarme vivo en un segundo. Eso fue lo que se me vino encima.

No me pregunten dónde habían estado hasta entonces, ni cómo se las arreglaban para distinguir amigo de enemigo entre tanto soldado. Yo sólo supe, de pronto, que aquellos bichos, salidos de todas partes, venían a por mí.

Y respondí como pude, claro. Con lo primero que tenía a mano. El M-16 del primer soldadito que puse a dormir.

Hice un furioso tiro al blanco disparando sobre los perros. ¿Recuerdan aquellas viejas barracas de feria en las que pasaban unos patitos por el fondo y había que derribarlos? Pues algo así, pero con perros. En movimiento y también había que derribarlos, pero eran perros. Y si no los derribaba yo, me iban a derribar a mí.

Debí de liar una ensalada de tiros allí en medio como para comunicar mi presencia a media humanidad. Pero ¿qué hubieran hecho ustedes en mi lugar? ¿Dejarse devorar para no alterar el silencio?

Uno de los asesinos de cuatro patas consiguió pasar la barrera de plomo y se lanzó contra mi pierna. Aún me duele el mordisco en los cambios de tiempo. Me clavó los dientes a fondo, con hambre

canina, el muy bestia. Seguro que no los alimentaban bien a los pobres animalitos.

La pena es que lo que tenía entre los dientes era mi pierna, así que, con perdón de la Sociedad Protectora de Animales (que ya debía estar furiosa conmigo desde lo del cernícalo), le destrocé eficazmente el cráneo de un culatazo. No soltó el mordisco más que para caer al suelo. Y aún me dolió más cuando lo hizo.

Pero había perdido tiempo. Disparé otras cuantas veces, pero habían ganado terreno. Estaba seguro, me iban a devorar vivo.

En ese momento, entre la algarabía de los ladridos perrunos sonó una especie de tiro, pero que no era un tiro.

Más bien como el ruido que hacen las escopetas de aire comprimido, pero en grande. Ampliado a tamaño *king* size, sin filtro.

Aún no había podido volverme hacia donde había sonado aquello, cuando algo se me clavó en la espalda.

Una especie de picotazo de avispa gigante. Algo como un aguijón con la mala leche del mundo. Más doloroso casi que el mordisco del perro.

Me llevé la mano, instintivamente, a ese lugar. Y allí había algo clavado. Lo sujeté firme y tiré. Conseguí desclavarlo.

Para cuando pude llevarme la mano, con aquello cogido, delante de los ojos, los perros se habían callado. Hubo un silbido muy especial y se callaron. Al instante, como por milagro.

Pero mientras tanto, se había levantado la niebla. Una niebla sucia y espesa, oscura, que lo enturbiaba todo. Y el suelo había empezado a moverse también. Se movía mucho.

Lo que tenía en la mano era una especie de jeringa. Con unas aletas por detrás. Desde luego, la aguja era como las hipodérmicas. Pero en tamaño gigante. Casi parecía un estoque. Y era aquello lo que se me había clavado.

Cuánta niebla, pensé. Qué oscuro está todo de pronto.

Y el suelo se puso arriba y todo empezó a dar vueltas y me fui cabeza abajo hacia el fondo de un precipicio interminable que daba vueltas…

Y en medio de todo eso, había una cara sonriente, una cara que me sonaba conocida, una cara de alguien que yo había conocido antes. Un cabo suelto de mi vida anterior, que mira por dónde se

había anudado a mi cuello y estaba empeñado en estrangularme…

* * *

De pronto, sentí frío. Mucho frío. Un frío mortal.

Abrí los ojos. Estaba helado. El frío se me clavaba en los mismos huesos, lo tenía dentro de la piel.

Estaba en una nevera. Me sentí cubito de hielo para el martini.

Si aquello no era acero inoxidable, lo disimulaba muy bien. Una especie de caja de acero inoxidable, para hacer Indiana James en conserva. Congelado para la exportación, calidad garantizada.

Como de tres metros por tres metros, cada pared. Seis paredes. Las seis caras de un cubo geométrico. Y yo dentro, helado.

Una de las caras era el suelo. Pero podía saberlo solo porque la fuerza de gravedad me mantenía pegado a él, no por otro signo externo. Maldita sea, no había nada dentro de aquel cubo de acero. NADA. Y en las paredes, ni siquiera bisagras, puertas, ni ventanas. NADA DE NADA.

Me estaba helando. Dioses, estaba hecho un carámbano.

Busqué como loco por las aristas, por las junturas del tubo. No había lo que se dice NADA.

Intenté razonar. ¿De dónde venía la luz, entonces? Porque si extendía la mano, podía verla. Había luz. ¿De dónde brotaba?

Fui de una pared a otra. El acero pulido me devolvía imagen y todo. Casi como un espejo.

Mi cerebro embotado por el frío fue dándose cuenta de cosas. La siguiente fue que estaba desnudo. Completamente desnudo, como mi madre me echó al mundo, pero en crecidito. Y con más frío que entonces.

Dioses, ¿qué diablos estaba pasando? ¿Dónde demonios estaba?

Grité. Me puse a gritar como loco. Aullé hasta que me faltó el aliento.

—¡ASESINOS! ¡CABRONES! —berreé—. ¡Me estoy helando! ¡Sacadme de aquí!

Pero no se oía nada. Sólo el eco de mi propia voz allí dentro.

Por un momento, perdí la cabeza. El frío era excesivo para razonar. Salté con todas mis fuerzas contra la pared de enfrente, reboté y me fui contra una de las laterales. Estaba enloquecido. No razonaba poco ni mucho. Sólo sentía frío.

—¡ASESINOS! —volví a gritar.

Luego, cuando me sentí un poco desahogado, intenté pensar. Me castañeteaban los dientes como ametralladoras fuera de control, pero intenté que las neuronas funcionaran. Tenía que encontrar un sentido a aquello.

Miré al techo. Era más reluciente, más pulido que el resto. Casi un espejo. Devolvía el reflejo de mi cuerpo con mayor exactitud que las paredes. Aquello parecía… Sí, maldita sea, lo era.

Intenté saltar hasta tocarlo. Pero no era fácil. No soy ningún atleta y aquello estaba alto. ¿He dicho tres metros? El techo parecía estar más alto que eso.

Así que hice un buen corte de mangas. Total, no tenía otra cosa para agredir… Lo hice mirando a mi propia imagen del techo, con todas mis fuerzas.

—¡Hijos de puta! ¡Nazis hijos de puta! ¡Asesinos! —grité otra vez—. Estáis ahí, mirando, ¿no? ¡Hijos de puta!

Maldita sea, en alguna parte, muy lejos, se oyeron risas, sin duda que lo eran. Alguien se estaba riendo, divirtiéndose mucho a mi costa. Volví a hacerle otro corte de mangas. A hacerles porque sonaban varias risas.

Y mientras tanto, procuré correr, saltar, moverme para intentas encontrar el calor.

Estaba seguro de que el techo entero era cristal polarizado. Un espejo de esos que permiten ver por el otro lado, como los que se utilizan en los hospitales psiquiátricos, por ejemplo. Y alguien estaba usándome de espectáculo. Pero, por desgracia, no había mucho que yo pudiera hacer para dejar de serlo.

Recordé un nombre. De algún punto de mi historia anterior, surgió un nombre que correspondía a una cara. La cara que había visto al perder el conocimiento, probablemente drogado por lo que hubiera en la jeringa arrojadiza aquélla. Me habían disparado con un arma como la que usan a veces los zoológicos para capturar vivos animales salvajes, o para controlarlos cuando se enfurecen. Dardos adormideras. Aquel cabrón de mierda…

—¡Leatherwood! —grité, a cie4gas. No estaba seguro, pero algo me decía que se trataba de él—. ¡Leatherwood, hijo de perra sarnosa! ¡Debí matarte mil veces cuando lo del río![1]

Sonó otra vez, a lo lejos, una risa, ahora solitaria. Luego se hizo

el silencio. Pero yo no podía entrar en calor.

De pronto, un crujido metálico. Algo cómo el descorrer de un gran cerrojo. Un siseo. Y una de las paredes metálicas empezó a moverse, dejando una abertura en uno de los rincones, a partir de la arista. Lo primero que apareció por esa abertura fue un fusil. Luego, otros varios. Y de la oscuridad del otro lado, alguien me arrojó una manta, una de ésas siempre malolientes mantas militares de pésima calidad.

—Ponte eso, cerdo —dijo una voz, en mi lengua.

No tenía que pedírmelo. Me envolví en la manta como quien salta a una de esas lonas de los bomberos, cuando hay fuego.

Luego, alguien me dio unas miserables zapatillas de deporte. Algo era algo, los pies ya ni los sentía.

Salí de aquella nevera siniestra. En efecto, por encima había una zona abierta y alguien debía haber estado presenciando mi tortura. Pero ¿dónde demonios estábamos?

Los fusiles se me clavaban en los riñones de vez en cuando para hacerme caminar. Pero yo estaba demasiado entumecido para hacerlo con rapidez.

Caminé por un pasillo oscuro. Subí unas escaleras, igualmente sin luz ninguna, siempre empujado por los fusiles. Y de pronto me deslumbró la luz implacable del sol sureño, cayendo a plomo sobre mí, mientras a mi alrededor aullaba una especie de jauría de humanos enloquecidos.

No veía nada, ni podía entender qué pasaba. Una voz, como, en un mitin político o en una competición deportiva, caldeaba los ánimos en aquella especie de alemán extraño. A saber qué estaría diciendo, pero estaba claro que lo que fuese tenía relación conmigo.

—Camina, cerdo —dijo la misma voz de antes, en mi lengua—. Pronto entrarás en calor. ¿No querías dejarnos sin electricidad? Ahora verás cómo la hemos arreglado.

Deslumbrado, cegado, yo seguía sin entender nada. Alguien me empujó derribándome y me quitaron los zapatos. Cuando pude levantarme, un empujón me obligó a avanzar y de un tirón me vi de nuevo sin manta, otra vez desnudo… y frente a una masa de soldados vociferantes.

Lagrimeando como una fuente, conseguí entreabrir los ojos. Estaba en una especie de *ring* como los del boxeo. Pero la lona era

bastante rara. Y estaba cerrado con sólo una cuerda, de aspecto también extraño, como metálico. Para colmo, el *ring* era muy estrecho. Mucho.

Una voz dijo algo. Y todo empezó.

¡No era una lona! Las plantas desnudas de mis pies me transmitieron una delgada carga eléctrica que se enredó en mi columna vertebral mientras entraba como mil rayos en mi cerebro. Aullé de dolor. La tropa enardecida aulló también, de placer. Una vez más, yo era el espectáculo.

Como en las películas del Oeste, una vez más, no podía hacer otra cosa que bailar. Y era inútil, porque a cada salto tenía que volver a caer, con los pies desnudos, sobre la lona conductora y con eso me llegaba un nuevo lambretazo que me llenaba todo el cuerpo. Pero el único remedio era saltar y con eso, al menos, mientras estaba por los aires no sentía aquella tortura, aunque no fuera más que una fracción de segundo. Luego, todo volvía a empezar.

En el poco espacio libre que el dolor dejaba en mi cerebro, había indignación y odio ciego. Leatherwood me las pagaría. Aún no había comprobado que fuera él quien estaba detrás de todo aquello, pero tenía una seguridad irracional de que estaba en lo cierto. Todo encajaba.

Pero de pronto, resolví terminar con aquella tortura. ¿Qué podía perder? Al fin y al cabo, sólo la vida. Y de hecho, me la estaban arrancando ya a pedazos con cada descarga…

Así que luché por hacer algo de luz en mi cerebro, entre tanto relámpago de dolor y giré sobre mí mismo para buscar una salida. Salté una y otra vez, enardeciendo a aquel montón de sádicos con mis saltos, mientras me hacía una idea de lo que me rodeaba.

Detrás de mí había dos guardias armados de fusiles, en una plataforma al mismo nivel que la infernal «lona». Se suponía que debían estar apuntándome, pero en realidad estaban tan divertidos y tan ajenos a todo lo que no fuera esa diversión, como los demás. No mantenían siquiera los fusiles en alto. En cuanto a la tropa vociferante, estaba en un plano inferior, ya que el «*ring*» estaba en alto.

No lo pensé mucho. Terminé uno de los saltos cogiendo impulso, como si la lona fuera una cama elástica de esas de acróbata y salté fuera del *ring*. Precisamente en dirección de los guardias armados.

Con las fuerzas debilitadas por el agotamiento, pero multiplicada a la vez mi rabia, caí sobre los dos esbirros como uno de sus doberman mordedores de horas antes, a saber cuántas. No les mordí, pero falto poco.

Aún no había soltado uno de los guardias el fusil, cuando yo ya estaba disparándolo sobre su compañero, a quemarropa. Y aún no se había extinguido el eco de los dos disparos que salieron por aquel cañón, cuando la culata del fusil se estrellaba ya contra la cara de quien lo tenía aún cogido. Lo soltó enseguida, claro.

Desnudo, dolorido y medio quemado por la electricidad aún, rodé sobre mí mismo hasta parapetarme con los cuerpos de los dos caídos. Desde allí, hice llover plomo sobre mi propio «público», que cambió el entusiasmo sádico por la decepción y la sorpresa, primero y el horror y la muerte, después.

La pequeña multitud se desparramó. Los más inteligentes se quedaron junto a la «lona», donde al menos no los veía lo suficiente para dispararles. Los más tontos echaron a correr y fueron como los patitos de barraca de feria de que hablé antes. Gané bastantes premios, aunque nadie me los dio.

El segundo de los golpeados, que no estaba más que inconsciente por el culatazo, encontró la muerte a manos de sus mismos compañeros. Alguien encontró un arma, probablemente una pistola que hubiera llevado en el cinturón como parte del uniforme y empezó a dispararme. Pero el parapeto cumplió su misión, para algo lo había escogido yo así. Las balas me salpicaron de sangre del caído, pero no me alcanzaron. En cambio, del cuerpo del pobre esbirro brotaron al aire surtidores rojos de muerte.

Sí, era una pistola lo que disparaba. Lo vi claramente cuando dejó de disparar. Voló por los aires cuando, a través de la maldita «lona» conductora de electricidad que formaba el «*ring*», disparé alcanzando al tirador. Éste se levantó de golpe, abrió los brazos como en ese famoso cuadro de Goya y el arma se fue por los aires mientras él se iba hacia el suelo.

Sólo que aquello no tenía salida. Yo probablemente lo sabía, pero estaba tan enloquecido que me importaba un rábano. Había cambiado mi odio por plomo y les estaba haciendo pagar caro cada voltio que me había corrido por el cuerpo. No pensaba más, ni falta que hacía.

No pensaba, por ejemplo, en mi retaguardia. Tampoco podía cubrirme, en la posición en la que estaba.

Así que todavía no sé qué fue lo que me alcanzó, aunque tengo alguna pista acerca de quién lo hizo. Probablemente el mismo Leatherwood en persona.

Sólo sé que algo cayó sobre mí como una montaña que se derrumba. Y que, cuando estalló en mi cerebro a partir de la nuca, mientras volvía a perder el conocimiento por segunda vez en pocas horas, sentí alivio y todo. Al fin y al cabo, desde que volví al mundo de los vivos no había hecho más que ser torturado…

Sólo que la cosa estaba lejos de haber terminado.

Capítulo V

Sí, era Leatherwood en persona.

Cuando abrí los ojos de nuevo, lo tenía delante.

—Vaya, mi querido compatriota está despertando por fin.

Me sentía muy mojado. Probablemente habían acelerado mi «despertar» con un buen cubo de agua.

Otra vez, mi cabeza intentó despejarse, ordenar ideas, volver a la superficie como desde el fondo del mar. Recordar dónde estaba, comprender qué estaba pasando.

Leatherwood. Maldita sea, sí, el maldito mercenario a quien conocí en Portugal, entonces al servicio de un terrateniente del Alentejo, contrabandista de armas y conspirador contra la democracia portuguesa[2]. El hijo de perra al que habían perdonado la vida cuando lo vi, en mitad del río, medio ahogándose después de haber intentado que los ahogados fuéramos mi amigo Jesús y yo. Yo sabía que algún día iba a arrepentirme de haberle dejado con vida. Y allí estaba, otra vez. Las alimañas parecen inmortales siempre. Matas una rata y parece que resucita un momento después.

Sí, era Leatherwood el que tenía delante. El y su maldita sonrisa de hiena.

—O. K., cerdo. ¿Despiertas, por fin? —dijo.

—Hijo de perra —respondí, encontrando mi voz.

—Eso ya lo dijiste antes —dijo él, sintiéndose superior—. Fue muy simpático comprobar que adivinabas la procedencia de esa hospitalidad que recibías. Pero en realidad tienes que agradecérselo a otra persona. Está deseando conocerte. Le gusta conocer cara a cara a sus víctimas.

—¿Quién? ¿Otra vez Almeida? —dije, recordando al terrateniente alentejano.

—No, pero si un amigo suyo. En estos pequeños países todo el mundo se conoce.

—Ya —dije—. Ese al que en el pueblo llaman El Viejo.

Le hizo mucha gracia, porque volvió a soltar la risa de hiena. Siempre es bueno que el adversario se ría, suele bajar la guardia cuando lo hace.

—El Viejo. Sí, supongo que es por su estúpida manía de ir de compras personalmente de vez en cuando. Tiene que comprar tal o cual estupidez cada cierto tiempo, supongo que con eso se siente poderoso. Manías de viejo. Pero es el creador de ese pequeño imperio. Y harías mal en menospreciarlo, porque es fuerte, muy fuerte. Lleva mucho tiempo extendiendo sus tentáculos y ahora está conectado por todas partes. Con medio mundo. Es un gran hombre.

—Ya. Supongo que eso quiere decir un gran hijo de puta.

Leatherwood hizo un gesto y de detrás de mí bajó otra vez el trueno sobre mi dolorida nuca. Supongo que un culatazo, pero sólo lo necesario para atontarme un poco, para hacer brotar otra vez la niebla en mis ojos, para castigarme, de todas formas, quede medio groggy, porque cuando volví a levantar la cabeza el escenario había cambiado. Y… oh, no: era otra vez la nevera de acero inoxidable. Dioses, no. Otra vez, no.

Pero en esta ocasión debían haberme metido allí hacía sólo unos minutos, porque aún no estaba del todo frío… si es que en realidad había entrado en calor desde mi anterior visita a aquel lugar.

Y había otra diferencia: el techo, el espejo polarizado, estaba descorrido y arriba se movía alguien. Por cierto, que yo tenía razón también antes: la luz llega a la «nevera» desde arriba, a través del espejo. Y ahora, descorrido el espejo, quedaban los focos. Con lo cual me sentía como en un interrogatorio, con las luces apuntadas hacia mí impidiéndome ver quién había detrás.

Sólo que la risa de hiena era inconfundible.

—James, cerdo. Saluda a tu anfitrión —dijo su voz de rata.

—Mucho gusto, señor James —dijo otra voz, un poco cascada.

—Ah, resulta que es una recepción —dije—. Entonces me encanta el traje de gala que me han puesto para este momento.

Ahora sonaron dos risas, una de hiena y otra de foca reumática. Iban a conseguir que me creyera gracioso. Luego, una voz bastante cascada dijo:

—No se preocupe, ya tuve ocasión de verle en movimiento antes. Cualquiera diría que no le agrada mi habitación especial para huéspedes de cuidado.

El maldito hablaba un inglés perfecto. Apenas un lejano tono extraño.

—No está mal. ¿La marca es «Kelvinator», «Westinghouse»? Luego, con lo que queda de sus huéspedes, hacen cubitos para el refresco, ¿no es eso?

Se rieron otro poco, superiores ellos. O sea, que añadí:

—Claro, es mejor que lo contrario: aquello de los hornos crematorios y hacer luego jabón con lo que quedaba de los… «invitados». ¿O usted era de los que se dedicaba a hacer carteles con la piel de esos mismos «invitados»?

—¡Basta! —dijo la voz cascada, con una rara energía—. Ustedes y su propaganda han desvirtuado lo que fue una decisión necesaria para la supervivencia del Reich. Pero no pienso hablar de eso ahora. No está usted aquí para eso.

Bueno, había acusado el golpe, o sea, que mi farol estilo póquer había dado en el blanco. Sí, era él, y era nazi. El «creador de aquel pequeño imperio», como lo había llamado el hijo de perra de mi compatriota, era un
ex-nazi
. Eso explicaba lo de «Viejo». Y explicaba también la lección de coches militares: siempre el maldito fetichismo de aquellos tipos, el culto a los objetos míticos de su pasado poder. Maldita sea, pensé, ¿voy a pasarme la vida encontrándome a cada paso con nostálgicos de éstos, como en los Andes peruanos?[3] Y claro, siempre viejos decrépitos.

—No, claro que no. Yo estoy aquí por invitación propia. No me dieron ustedes entrada gratis, precisamente.

—No importa. Ha eliminado usted a algunos de mis hombres, señor James. Y cuesta mucho prepararlos, seleccionarlos. Eso le hace merecedor de algún tratamiento especial. Muy especial. Algo que haga sus últimas horas especialmente dolorosas. Puedo asegurárselo.

Pero en aquel momento, algo cambió allá arriba. No pude verlo, pero yo diría que oí abrirse una puerta, y vi pasar un papel blanco hasta las manos del Viejo. Lo leyó en un momento, y cambió de

intenciones.

—Bueno —dijo—. Tendremos una pequeña interrupción. Me anuncian la próxima visita de nuestro principal cliente. Y tengo que entregarle un pedido muy especial, que hay que preparar aún. Como de todas formas observo que aún tiene usted ánimos para discutir, creo que un rato de permanencia ahí abajo le vendrá bien. Quizá cuando volvamos a charlar se encuentre usted más a punto para la cortesía…

Y el espejo empezó a cerrarse. Maldita sea, para entonces yo estaba ya quedándome tieso, pero al estar abierta por arriba la «nevera» no era tan terrible. En cuanto se cerró, volvió a ser Siberia pura. Aquel cerdo de viejo, maldito fuera…

—¡Asesinos! —volví a gritar—. ¡Nazis hijos de puta!

Cuando se siente frío, es bueno pegar gritos. Viene muy bien para entrar en calor. Cantar no viene mal tampoco, también eleva la temperatura corporal. Pero para eso hay que tener ganas. Para lo primero, en cambio, basta un poco de cabreo. Y a mí me sobraba.

Su principal cliente… ¿A quién se estaría refiriendo? ¿Cuál sería el «negocio» de aquel montón de asesinos ocultos? ¿Cómo diablos se las habrían arreglado para mantener aquel nido de ratas a cubierto de las miradas de la policía española? España está atrasada en algunas cosas, pero hay una policía y una prensa que publica cosas. ¿Cómo habrían conseguido pasar años sin ser descubiertos? Estaba claro que aquellas edificaciones no eran le ayer, precisamente. ¿Llevaría oculto allí aquel maldito dejo, formando su «imperio» todo aquel tiempo, desde que el otro imperio, el que quiso formar Hitler, se le tundió? ¿Y qué pintaba Leatherwood, un americano, en todo aquello? Tenía mil preguntas sin respuesta y pocas cosas odio tanto.

Pero he dicho que lo mejor para entrar en calor es cantar o gritar, no hacerse preguntas. Eso no sirve para nada en absoluto, como forma de calentar el cuerpo. Tampoco sirve hacerse ideas negras. Por ejemplo, yo recordaba haber visto algunas fotos de prisioneros de los nazis, desnudos, corriendo por un patio hasta caer muertos, siempre bajo las sonrisas de sus carceleros, y encajonados por sus fusiles. La perspectiva de correr la misma suerte no contribuía a calentar mi cuerpo, precisamente. Aunque el marco fuera un poco más perfeccionado.

Así que volví a mi método. Me convertirían quizás en besugo congelado, pero no iba a ser un besugo silencioso.

—¡CABRONES! ¡ASESINOS! ¡HIJOS DE PERRA!

Silencio. No estaba teniendo precisamente un éxito de público en mi representación. Pero me daba igual.

—¡ASESINOS! ¡NAZIS QUEMAJUDIOS! ¡No podréis conmigo!

Después de lo que me parecieron horas, empecé a cansarme del sistema. Me estaba helando de todas formas, y empezaba a quedarme afónico. Pero no me daba por vencido. A falta de algo mejor…

—¡HIJOS DE PERRA!

Había otra cosa: falto de referencias, empezaba a sentir una especie de confusión mental. El no saber cuál era la izquierda o la derecha, apenas el arriba o el abajo, me estaba alterando la orientación. Tenía miedo de volverme loco. Probablemente aquella celda estaba destinada a eso. Por donde miraras, sólo veías tu propia imagen mal reflejada en la pared pulimentada, casi como un espejo, casi como lo de arriba. Y mirar hacia arriba y contemplarte a ti mismo tal como debían de verte los del otro lado del espejo, no consolaba demasiado. Daba una sensación de irrealidad que confundía de una forma inquietante. Malditos nazis.

—¡HIJOS DE PERRA! —volví a gritar. Pero mi propia voz me sonaba menos convincente.

De pronto, después de lo que me parecieron siglos, la pared empezó a descorrerse. No tenía medios para asegurarlo, pero supongo que era la misma abertura que la otra vez.

Y como la otra vez, los que llegaban se hicieron anunciar a base de fusiles. Esta vez más fusiles que antes. Supongo que mi anterior exhibición de tiro al blanco en barraca de feria les había enseñado que soy de temer, si me pongo serio.

Me permitieron vestirme y todo. Con una especie de mono de faena, de color militar. No es que sirviera de mucho para mantener el calor, pero algo es algo.

Los empujones fueron mucho menos correctos. Me clavaron los cañones de varios fusiles en la espalda para obligarme a avanzar. Intenté protestar, pero me vi en el suelo de un culatazo. No decían una palabra, pero no estaban dispuestos a andarse con bromas. Y antes de salir al exterior, me esposaron, manos a la espalda. Todas

las precauciones, me sentí Dillinger, «enemigo público n.º 1».

De cabeza, entré en lo que me pareció una camioneta, pero podía ser también un todo terreno. Me quedé con la barriga contra el suelo y la cara porque procuré levantarla, que si no…

Sí, debía ser un todo terreno. A juzgar por los saltos que empezó a dar un momento después. Maldita sea, ideal para una purga. Un montón de saltos sobre un estómago vacío: como para no dejar nada dentro de ese estómago en un momento.

—Eh, que no llevo la etiqueta de «agítese antes de usarlo» —empecé a decir. Pero no les hizo gracia. La respuesta fue una bota que apretó mi cara contra el fondo de la camioneta o lo que fuera. Y estaba bastante sucio, como siempre en estos casos.

Cuando el vehículo que fuera se paró, yo estaba ya como a punto para hacer mayonesa. La batidora había sido muy eficaz.

Pero allí estaba Leatherwood otra vez. Aquella hiena parecía indispensable para mis pesadillas.

—Bien, querido compatriota, aquí estamos otra vez. Ha llegado la hora de divertirnos un poco. No hace mucho escogiste a mis hombres como blanco de tiro, ¿no? Vamos a cambiar las cosas, pero de manera científica.

Y se volvió hacia un gran trasto que tenía al lado. Embotado como estaba, no me había fijado antes. Resultaba más bien inquietante.

Era como un sarcófago egipcio, pero vertical y con ruedas. Si no hubiera tenido aquel aspecto tan siniestro, podría parecer un juguete de arrastre de esos de niño muy pequeño. Una de esas figuras infantiles que están hechas para que un crío tire de ellas con una cuerda cuando empieza a andar. Pero no creía que sirviera para nada parecido.

Leatherwood lo abrió. Sí, era una especie de sarcófago. Tenía forma humana y se abría en dos mitades mediante unas bisagras bastante resistentes.

—Éste va a ser el último vehículo que uses en tu vida, jodido bastardo —dijo—. Y no será muy cómodo.

A un gesto suyo, un par de empujones me obligaron a acercarme al sarcófago. Aunque me resistí, un momento después me habían metido dentro. Por lo menos, me quitaron las esposas.

Giraron las bisagras y aquello se cerró, conmigo dentro. A la

altura de los ojos había una abertura, tapada con una especie de rejilla que permitía ver… difícilmente. Pero lo peor era una especie de esponja de goma colocada a la altura de la boca, que apretaba contra los labios. Tuve que moverme un poco para conseguir que me permitiera respirar por la nariz, al menos. En cuanto a las manos, estaban metidas en una especie de mangas excavadas en la estructura de aquello. No había nada que pudiera coger, ni forma alguna de moverse. Maldita sea, estaba cogido.

Leatherwood apareció en mi campo de visión. Preguntó:

—¿Qué tal? ¿Estás cómodo, bastardo?

Iba a responder que lo encontraba lógico: primero me congelaban, ahora me empaquetaban para la exportación. Pero me parece que mi respuesta, gracias a la goma, fue algo así como:

—MMMGGFFFGGHH GGGFFFMMMHH BUGFH.

—De acuerdo, James, completamente de acuerdo en todo. Bien, ahora que hemos terminado la conversación, te explicaré las regías del juego. Como ves, ese «vehículo» en el que estás tiene forma humana. Es, por lo tanto, un blanco ideal para prácticas de tiro. Nada de las viejas siluetas en negro sobre un papel blanco, eso ya está superado. En la parte de abajo de ese «vehículo» en el que estás hay un motor. Potente, pero no demasiado. Lo necesario para que el blanco se mueva. Las ruedas son bastante grandes, como has visto, lo que permite desplazar incluso campo a través. El motor cumple otra misión. Junto con el combustible necesario, hace de contrapeso, y al estar muy bajo, da al conjunto una estabilidad a prueba de bomba. Como los viejos juguetes llamados tentetieso, ¿recuerdas? Bien. Tú, desde ahí dentro, podrás controlarlo… ligeramente. Puedes inclinarte hacia acá y hacia allá y conseguir con eso que el vehículo se mueva… más o menos hacia donde quieras.

»La parte exterior, como quizá habrás visto, está recubierta de material poroso, como el corcho, una gruesa capa. El interior, sin embargo, es metálico. Salvo en un punto. Un círculo a la altura del corazón, por ambos lados. Estratégicamente dispuesto para que el juego tenga un final.

»Vas a ser un blanco móvil, James. Cuando el motor se ponga en movimiento, dispararán sobre ti. Notarás los impactos. Entonces, procura moverte, moverte mucho. De un lado a otro, rápidamente.

En
zig-zag
, como te parezca. Pero muévete. Porque si alguno de los tiradores resulta ser lo bastante certero y alcanza el corazón de la figura móvil… bueno, entonces tú morirás, un par de contactos harán que el motor se pare, el blanco ya no se mueva y el juego habrá terminado. Ya no habrá más diversión, ¿entiendes? Será una pena.

Miré alrededor, por la mirilla. Estábamos en campo abierto. Había vegetación, encinas y matorrales. El paisaje por el que yo me había movido espiando la fortaleza. No había forma de escapar, bebíamos estar fuera de los muros, pero con aquello puesto no podría llegar muy lejos.

La única esperanza, pensé, será que los disparos se oigan lo bastante. Tiene que haber policía en este país, guardas forestales, algo. No creo que pueda dispararse alegremente en medio de un país occidental civilizado. Pero probablemente sería tarde, cuando alguien llegara.

Miré de nuevo hacia donde había estado Leatherwood. El hijo de perra se había alejado un poco y estaba recibiendo a un grupo que llegaba. Gente que no iba vestida de soldado o sólo a medias. Más bien con atuendo deportivo, muy joven, y…

¡Dioses! ¡Jorge!

¡Los que llegaban eran críos! ¡Chicos muy jóvenes! ¡Y entre ellos estaba Jorge!

Lo entendí todo de golpe. Maldita sea, estaba muy claro, claro como el agua. «El americano que enseña cosas». «El americano que le mete cosas en la cabeza, cosas de comando». «Tengo en casa un comando de doce años», había dicho el padre del chaval. Maldita sea, era eso. «Me voy con unos amigos, estoy aprendiendo muchas cosas», había dicho Jorge antes de desaparecer de casa. Aquéllos debían ser sus amigos, aquélla era la causa de no haber vuelto a casa. Un grupo de amigos, un adulto que enseña cómo ser Rambo y deporte con algo especial: perfecto para un chaval joven. Era eso.

«Mis hombres. Cuesta trabajo prepararlos, seleccionarlos», había dicho el Viejo. Estaba claro. Aquélla era la base de esa selección. Una forma de captación de gente joven para unas «juventudes hitlerianas» actualizadas. Luego, tras unos años de entrenamiento, serían unos mercenarios perfectos. Carne de cañón para ser

alquilada, por precio adecuado, para cualquier guerra de interés estratégico. Y encima los muchachos estarían contentos de hacer algo «diferente», «masculino»… hasta que se encontraran cara a cara con la realidad de una guerra. Y entonces sería muy tarde para retroceder, o se encontrarían con una bala bien colocada.

Una bala. Dioses, mi única esperanza se esfumó. No llevaban armas de fuego, sino arcos y flechas. Muy de «Rambo», claro. Ideal como entrenamiento, y no podía ser denunciado por ilegal, no estaba prohibido en ninguna Ley. Pero para mí, podía ser fatal. Si alguno de aquellos críos había aprendido demasiado, estaría listo.

Pensé en escapar al momento, pero no podía hacer nada. No podía moverme. Mis manos sólo tocaban metal, liso como el interior de una botella. No podía gritar, con aquella maldita goma apretando mi boca. Respiraba con dificultad. Y además, estaba al sol y aquella lata de sardinas se estaba calentando por momentos.

Allí fuera, sonrientes, juveniles, los «Rambitos» estaban preparando sus arcos. Llevaban muchas muchas flechas en el carcaj, a la espalda de cada uno. Uno de ellos probó la calidad de una flecha. Flexionó perfectamente, probablemente era de las de primer orden, fibra de vidrio con buena punta de acero. Me estremecí y todo, al pensar en esa punta entrando por mi piel. Dioses.

Leatherwood vino hacia mí. Ahora oía claramente su voz.

—… Y no os preocupéis por el blanco, ¿eh? Lleva control remoto y mecanismo adecuado. Concentraos sólo en hacer puntería. ¿Listos? Pues… ¡adelante!

De algún sitio bajo mis pies me llegó el zumbido de un motor y aquello empezó a moverse.

Los críos gritaron de entusiasmo. Uno lanzó una flecha y todo. Leatherwood recomendó calma. No había que jugar con ventaja.

El juego había empezado. Y yo era el espectáculo, como ya empezaba a ser una costumbre.

Yo era el blanco. Tenía que moverme para evitar ser un blanco fácil.

Pero podían ser mis últimos movimientos en el juego de mi pequeña, pero irremplazable vida.

O sea, que me moví.

Y cómo.

CAPÍTULO VI

Al ponerse en marcha el motor, yo estaba cara a los arqueros. Las primeras vueltas de rueda me llevaron hacia ellos. Luego, el mismo Leatherwood dio un manotazo a la «cosa», y me encontré con el semi-bosque por delante. Tenía que probar cómo «conducir» aquello.

Di un golpe de hombro hacia la derecha. Funcionó. La perspectiva por la mirilla cambió lo suficiente para indicarme que había girado a la derecha.

Hice lo mismo con el hombro izquierdo. Resultaba ridículo, pero funcionaba. El trasto volvió a girar.

Y en aquel instante, una flecha zumbó a mi lado, y fue a clavarse en un árbol allá adelante. Dioses, cómo se oye una flecha al pasar. Más que mil abejas zumbadoras. Por suerte, eran malos arqueros…

… Todavía. Pero podían aprender.

El trasto se desplazaba. No muy rápido, pero lo suficiente. Estaba yéndome hacia un par de encinas.

Di un golpe de hombro hacia la izquierda, luego otro más ligero a la derecha. Conseguí pasar por detrás de las encinas. Bien, ahora la vegetación me ocultaría.

No podía mirar hacia atrás. Pero oía el griterío de los aprendices de Rambo que me perseguían. Estaban aún lejos, pero yo diría que se acercaban. Leatherwood, como instructor, debía estar frenándolos.

Zigzagueé entre los matorrales. Lamenté no estar en pleno Amazonas, el bosque mediterráneo no es nada espeso. Pero aquel maldito trasto no andaba, y no había árboles bastantes para ocultarme.

Otra flecha silbó al pasar. Esta vez se perdió entre las encinas.

Debían estar tirando a tientas, seguro que las flechas se las regalaban.

«Conduje» mi sarcófago por el suelo arenoso y seco, esquivando matorrales. Sólo faltaría que aquello se quedara atascado. Los críos lo tendrían fácil.

Allá atrás se oyó una voz.

—¡Aquí! ¡El blanco va por aquí!

Maldije entre dientes al chaval. Y me desesperé por no poder acelerar un poco.

Un momento después, un golpe seco y un metálico TANG me indicó que la primera flecha había alcanzado el «blanco». Y detrás podían venir más, y más certeras.

Así que me moví en zig-zag. Estaba consiguiendo manejar el sarcófago bastante de acuerdo con mis intenciones. Busqué desesperadamente alguna espesura y me deslicé entre ramas.

Miraba desesperadamente el suelo, pero las ruedas del cacharro parecían bien estudiadas. Me sentía desesperadamente ridículo, incapaz de hacer lo que quisiera.

De haber tenido allí la «BMW»… Pero el maldito «tentetieso» era lento como una cafetera.

Más gritos allí atrás. Creí distinguir la voz de Jorge. Qué paliza se iba a cargar, cuando lo pillara… si eso llegaba alguna vez.

Otra flecha zumbando al pasar. Resultaba espeluznante el ruido. Y casi enseguida, otro impacto y otro TANG.

Creo que a la altura de la pierna. Aún tenía un margen, hasta que afinasen la puntería.

Giré a un lado, luego a otro, luego un poco en recta hacia unos matorrales y de nuevo de costado. No había que ponérselo fácil.

¿A dónde estaríamos yendo? Los árboles me impedían orientarme, pero estaba seguro de que estábamos en la zona montañosa del interior de la cadena costera. Pero aquello parecía plano. ¿Tanto habíamos viajado en el todo terreno, Al salir de la fortaleza, cuando mi batido de estómago?

No podía perder el tiempo en geografías. Otra flecha silbó amenazadora. Los malditos críos no se dormían. Si al menos alguien le hubiera puesto espejo retrovisor a aquella cosa…

Una rama cargada de hojas vino para la mirilla. Al menos con aquello podía descuidarme de los arañazos, no como en la moto. Y cuanto más frondoso fuera, mejor. Más oculto a las miradas de aquellos críos del diablo aquellos. Intenté «conducir» de encina en encina, buscando la espesura.

O eso creía yo. Porque de pronto, otro impacto y el consiguiente TANG, esta vez como por la cintura, me informaron de que los críos afinaban la puntería.

—¡Por poco! —dijo una voz—. ¡Joer, tío, qué guay!

Ese idioma nunca ha sido el mío, pero en aquel momento lo odié especialmente. Y sin embargo, aquel chaval no sabía que estaba jugando con mi vida. Era tan grotesco todo…

Otro giro, más matorrales, ahora un par de pinos. Maldita sea, los pinos de esa zona tienen el tronco libre, las hojas le crecen a buena altura, son parasol o como se llame esa variedad. No protegen a liebres indefensas como yo entonces, condenados se vean. Procuré zigzaguear lo que pude, pero a mi espalda gritaban los chavales. Acelera, maldito trasto, acelera.

Otra flecha, ahora partiéndose contra el suelo. Otra zumbando a la derecha, la siguiente casi rozando por la izquierda. Y la desesperante lentitud de mi sarcófago mortuorio.

Alcancé la espesura, menos mal. Ahora el terreno subía un poco en cuesta. Una cuesta suave.

Me esforcé por pensar algo. Estaba seguro de que Leatherwood había escogido el terreno con toda intención. Probablemente de forma que la dificultad fuera cada vez mayor, pero sin posibilidad de escape. Aquel tipo era demasiado listo. O sea, que si me movía de acuerdo con la lógica, no escaparía. Bien, había que usar la ilógica, entonces. Probablemente esperaba que me moviese en línea más o menos perpendicular al grupo perseguidor. Vale, pues rompería los planes, y a ver qué podía pasar.

Busqué una zona espesa y giré a la izquierda. Ahora ya no trepaba por la cuesta, sino que corría a media ladera. Por suerte la pendiente era suave, aunque la estabilidad se resentía. Al fin y al cabo, la fuerza de gravedad tiene sus reglas, y yo era un tentetieso, pero vertical. Mejor sería andarme con cuidado para no volcar.

Pero creo que estaba dando resultado. Juraría que los gritos se alejaban. Estaba despistándolos.

Seguí corriendo, inclinado como la torre de Pisa. Si aquello resultaba, tendría un respiro.

Allí atrás, sonó un silbato. Seguro que era Leatherwood, maldita hiena, conduciendo a los muchachos. Debía haberse dado cuenta del truco.

Bueno, ya estaba bien. Ahora, a aprovechar la cuesta.

Di otro golpe de hombro, con cuidado para no desequilibrar el trasto y me encontré cuesta abajo. Con eso, la velocidad empezó a aumentar. Me pareció incluso que a mi derecha, tal como iba en aquel momento, el desnivel aumentaba. Así que «conduje» hacia aquella parte.

Sí, desde luego estaba yendo más rápido. La física es la física, a pesar de los mercenarios asesinos y sus inventos siniestros. El sarcófago con ruedas aceleraba por momentos.

Desde bastante lejos, me llegó otro pitido. Y luego, juraría que era la voz de Leatherwood gritando: «¡Por allí! ¡Por allí!».

Maldita sea, pero ahora había una especie de cubeta en el terreno, una pequeña depresión. Bajé rápidamente, pero de nuevo a subir por el otro lado. Y ahora la cuesta era mayor. Temí incluso caer de espaldas. Aquella maldita cosa rodante…

Se me hizo una eternidad, pero llegué arriba. El trasto se enderezó de nuevo…

… Y justo entonces, otro impacto, otro TANG. Allí estaban los arqueros del demonio. Uno de ellos chilló, contentísimo, debía ser el que me había dado.

—¡Por aquí! ¡Está por aquí! ¡Le he dado!

La goma de mi boca debió ensuciarse de todo lo que le intenté decir al chaval. La pena es que no salió nada coherente. De todas formas, no me hubiera oído…

Volví a internarme en la vegetación protectora. Por fortuna, el crío debía estar lejos todavía. Había conseguido algo de ventaja.

El terreno bajaba de nuevo. Más velocidad. Si la cosa seguía así, se pondría a mi favor.

Procuré orientarme. Estaba yendo en sentido contrario a lo que me figuraba serían los planes de Leatherwood.

A pesar de que los árboles seguían ocultándome las montañas, por algún sitio tendría que acabarse aquella planicie. Bien, ¿hacia dónde, entonces?

Razonemos, Indiana, viejo. En una zona montañosa suele haber torrentes. Donde hay torrentes hay barrancos. Esta llanura no puede ser eterna, terminará tarde o temprano. Y entonces, ¿qué?

Maldita sea, una zona sin vegetación. Intenté rodearla, pero el terreno era desfavorable. Tuve que atravesar casi por en medio. Y cuando estaba haciéndolo, sonó un buen pitido. Leatherwood, por suerte bastante lejos, me había visto, y conducía a sus muchachos hacia el «blanco» fugitivo.

Tenía que pensar rápidamente. Pensar algo. Algo. Tenía que escapar como fuera.

Otro chillido allí atrás. Otra flecha que zumbó muy cerca. Y enseguida, otro impacto, TANG. Los chavales más cercanos debían ser dos y uno de ellos afinaba bastante, el tío. Pensé en avisarles, pero sería inútil. Si me ponía inmóvil frente a ellos, acabarían el juego con un buen impacto en la diana antes de que pudiera hacerme entender con aquella maldita goma en la boca. No podía hacer más que seguir corriendo. O rodando. O lo que fuera.

La vegetación me envolvió de nuevo. Tendría otro respiro. Cambié de nuevo el sentido de marcha, bajando otra suave pendiente, pero esta vez en diagonal respecto a la bajada. Esperé que las huellas no fueran muy visibles, para poder despistar a los dos críos el tiempo necesario.

Ya abajo, había más árboles. Pude seguir bien a cubierto de miradas. Luego, giré a la izquierda otra vez, cuando el terreno lo permitió. Según mis cálculos, debía estar volviendo más o menos al punto de partida, tras hacer un círculo enorme. Y allí habrían dejado algún vehículo, encontraría la forma de librarme de aquello o al menos habría una carretera donde orientarme. No estaba muy seguro de que fuera lo correcto, pero lo intentaría.

Pero había subestimado a mi adversario. Debía haberlo supuesto. Frente a mí, afortunadamente muy lejos, aparecieron tres de los soldados armados de fusiles. Aquel sucio bastardo había acordonado la zona, por aquella parte al menos. Los pitidos debían estar dirigidos a ellos también. No había salida por allí.

Giré a la derecha. Sólo podía alejarme hacia allá. Pero el terreno era desfavorable por aquel lado.

Justo en ese momento, se oyó otro grito. Creí reconocer la voz del crío que había gritado antes, uno de los del par de expertos que

me seguían más de cerca. Me preparé para el impacto. Sólo podía intentar ponerme de lado, procurando no ofrecerles ni la espalda ni el frontal, donde debían estar las partes abiertas. En efecto, al instante, un TANG. Y esa vez era peor: sentí un pinchazo. Debían estar tan cerca, que la punta había atravesado el metal del sarcófago maldito.

No había mucho que hacer. «Conduje» de cara a la pendiente, con el motor ganando velocidad por momentos. Esperaba algo más y llegó: el flechazo del otro crío. Menos fuerte que el de su compañero, pero casi tan certero. TANG. Había perdido la cuenta, pero debía de parecer un erizo por detrás, con tanta flecha clavada.

Los dos críos chillaron de entusiasmo, locos de contento por su éxito deportivo… ¡y reconocí ahora la voz de Jorge! Maldita sea, yo sabía que aquel endiablado crío tenía aptitud para los deportes, ¡y la estaba demostrando contra mí, sin saberlo! ¿Quién fue aquel rey de la Biblia que mató a tantos críos, no fue Herodes? ¿Por qué no seguiría haciéndolo algo más?

A mi izquierda, de pronto, sonó otro griterío; Maldita sea, aquello se ponía feo. Leatherwood había conducido a sus muchachos acortando terreno y me habían alcanzado. Quizás estuviera en contacto con sus hombres por radio, o algo así. El caso es que allí estaban, y yo no tenía salida. Sólo hacia adelante.

De pronto, entre los árboles, vi una especie de barranco, algo más adelante. Y tuve una idea suicida. No había más que una forma de salir de allí dentro, de acabar con aquello. La única. Y era casi un suicidio, pero había que intentarlo.

Rodé hacia allá, a buena velocidad por la pendiente. Demasiado incluso. Pensé que volcaría hacia adelante de un momento a otro. Más y más. La pendiente aumentaba, ¡más rápido! Por fortuna, apenas había árboles por delante.

Un par de flechas zumbaron a los lados. Una se hizo pedazos contra el suelo delante de mí. Creo que otra impactó en algún sitio del sarcófago, pero no podía asegurarlo. El motor acelerado llenaba de ruido la cosa, mi segunda piel metálica, mi disfraz de diana rodante. Pero yo estaba ahora concentrado en rodar pendiente abajo.

Giré sobre mí mismo al llegar al final. Creo que hasta derrapando y todo, el colmo del virtuosismo. Ahora estaba en el

fondo de un embudo no muy alto, de pendiente relativamente fuerte. Y allá arriba estaban llegando los chavales, mientras Leatherwood los animaba a disparar. Vi que uno de ellos lanzaba la flecha y me giré. ¡Justo a tiempo! TANG, y se clavó en el disfraz metálico. Tenía que moverme de allí.

Por fortuna, había matorrales. Y luego, encinas. Pronto estuve a cubierto de miradas… pero no de flechas, estaban disparando a tientas entre las hojas.

Algo más allá, de pronto, me encontré con unos metros libres de vegetación… y allí estaba el barranco. Yo tenía razón, la planicie escogida como campo de tiro por el mercenario asesino, había terminado. El resto del terreno era ya escarpado.

Atrás sonaron abundantes pitidos furiosos. Leatherwood estaba viendo que su pieza escapaba, y avisando a sus hombres.

Llegué frente al barranco. ¡Era demasiado alto! Lo medí con la vista en un momento. ¡Demasiado! Era un suicidio. Incapaz de parar el trasto, seguí rodando por el borde del tajo.

Pero estaba al descubierto. Y dos TANG casi simultáneos me lo demostraron. Doble impacto de aquellos críos dichosos, Rambitos de todos los diablos.

Dudé un momento. Pero frente a mí, de pronto, aparecieron los tres soldados que había visto antes.

No había salida.

¿Cuál es la única forma que tiene un gusano de salir de una nuez, si no puede perforarla? Pues decidí cascar la nuez… y mala suerte si moría aplastado el gusano.

De todas formas, para lo que me esperaba allá atrás… De perdidos, al río, que dicen.

Un simple golpe de hombro y el sarcófago giró hacia el barranco.

Dos o tres vueltas de rueda, y se volcó hacia adelante.

Cerré los ojos. Para lo que podía hacer, de todas formas…

Una eternidad después, el mundo estallaba en pedazos.

Capítulo VII

La «nuez» chocó contra el suelo y me sentí, de verdad, gusano.

Sonó como si estuviera en el centro de una explosión, como si yo mismo fuera una explosión.

Pero el sarcófago debía estar hecho de metal resistente, porque aguantó.

Rebotó, conmigo dentro, de roca en roca, de pared a pared, como una pelota escapada de un frontón. Y en realidad, el material aislante, poroso, como de corcho, del que había hablado Leatherwood debía convertir el blanco en una especie de pelota muy elástica, aunque alargada. Y dentro estaba yo.

El aislante está por fuera, no por dentro, o sea, que cada rebote me aplastaba a mí contra la pared del trasto violentamente. Y creí que no se pararía nunca.

Por fortuna, disminuyeron de violencia, poco a poco, los porrazos, oí un gran CRUNCH, y luego el silencio. Como si hubiera sido pescado por una gran red.

Pero lo que yo esperaba oír era ese CRUNCH. Mi cuerpo dolorido no importaba lo más mínimo.

Mareado, embotado, aturdido, sin saber dónde tenía los pies o la cabeza, de lo que sí me di buena cuenta fue de que los cierres del maldito artefacto habían saltado. Estaba libre.

Libre, pero cabeza abajo, clavado en un inmenso zarzal. Cuando asomé la cabeza por la rendija abierta pude comprobarlo. Ésa había sido la «red» que detuvo el rebote.

Cabeza abajo como estaba, me escurrí por la abertura. Con dificultad, pero lo hice. Caí al fondo del barranco, bajo las zarzas que me ocultaban la luz del sol. Debía de haber bastante vegetación allí encima, porque el sarcófago blanco aún siguió enganchado,

ruedas arriba. No había tiempo que perder. Agachado, como un lagarto, por entre las piedras del fondo, salí a escape de allí.

No paré hasta bastante después, casi rodando. Cuando me detuve, escondido entre unas rocas, jadeaba como un perro de caza. A poco oído que tuvieran, eran capaces de oírme los esbirros de Leatherwood.

Mientras intentaba quitarme espinas del zarzal salvador, fui asomando cuidadosamente la cabeza hacia el exterior, un poco al estilo de como lo hacen las tortugas.

Los críos habían desaparecido, probablemente decepcionados por el mal final de su cacería. Pero allí estaban los soldados de Leatherwood, que se acercaban con cuidado a mi «vehículo». Un momento más, y descubrirían que yo no estaba dentro. Y entonces sería tarde para huir. Además, eran demasiados, tan bien armados como siempre, y se mantenían cuidadosamente en grupo: habían aprendido a temerme y usaban táctica militar. No había nada que intentar, frontalmente.

Así que me escabullí entre las piedras como una lagartija, esta vez. Quiero decir, más sigilosamente aun que antes.

El barranco seguía bajando entre las rocas y zarzas mucho tiempo aún. Por allá fui yo, con toda la cautela que pude, pero a todo correr. Por suerte, las mismas rocas me escondían de toda mirada indiscreta.

No tenía más que una vaga idea de dónde estaba, pero al fin y al cabo, en una cadena montañosa tan joven, geológicamente hablando, como aquélla, un barranco semejante sólo podía ser de origen lluvioso. O sea, un torrente ocasional. Así que debía ir hacia el mar, o al menos hacia otro afluente parecido. Iba bien por allí, por lo tanto.

De todas formas, no tenía mucha elección…

Antes de lo que esperaba, me vi bajo un puente. Y por el puente, pasaba una carretera. Eso significaba civilización.

El conductor del primer coche que pasó puso una cara de espanto digna de verse, pero frenó ante mis señas desesperadas. Supongo que el mono militaroide que yo llevaba puesto, las marcas de las zarzas y mi cara de urgencia, debieron de convencerle de que yo no estaba de guasa, ni era ningún auto-stopista nómada. Se detuvo, y me llevó.

Estuve a punto de quedarme dormido de puro placer cuando me vi sentado en un buen asiento, sin frío alrededor, ni ligaduras, esposas ni amenazas. Pero aún quedaba mucho que hacer.

Por fortuna, recordaba el teléfono del padre de Jorge, el vecino de Littlerock. Era la primera cabina telefónica, tras despedirme del sorprendido conductor, lo llamé, con monedas prestadas.

—Escúcheme —dije, sin dejarlo hablar—. Sé dónde está Jorge, pero puede estar en peligro. Coja su coche y venga para acá. Le ampliaré instrucciones enseguida.

Le dije cómo podía encontrarme, y colgué. El pobre hombre no debía haber cerrado la boca de asombro todavía cuando apareció, un buen rato más tarde.

—Vamos donde la policía. Rápido, le explicaré más tarde.

No respondió, ni preguntó nada. Tampoco le di ocasión. Durante el recorrido, le expliqué más o menos dónde podía encontrar la fortaleza camuflada. Le di instrucciones detalladas.

—Insista en hablar con la más alta autoridad que pueda, dentro del escalafón de la policía. Si no le hacen caso, llame al Gobierno Civil de la provincia. La más alta autoridad. Estos tíos tiene que tener, por fuerza, agarraderas muy poderosas, o no habrían permanecido tanto tiempo sin ser investigados. Probablemente tuvieron protección cuando la dictadura del general Franco, y protección muy alta, quizá del mismo general en persona. Ya sabe que otros nazis la tuvieron, y hasta encontraron puestos en la industria. Hay que pasar por encima de esos protectores. Allí dentro hay más, mucho más, de lo que parece.

Detuvo el coche ante la central de Policía. Le dije que bajara y me pasé yo al volante.

—Oiga, ¿qué hace? ¿Qué va a…?

—Déjeme su coche. Se lo devolveré en buen estado, descuide. Convenza a los policías, vaya si no a la Guardia Civil, y llévelos a reunirse conmigo en la dirección que le he dicho. No pierda tiempo, puede pasar cualquier cosa.

Estaba dudoso aún, el hombre. Total, apenas le había dejado hablar…

—Dígame una cosa, por favor. Esto… Mi hijo, Jorge, ¿es… está bien?

—La última vez que lo vi, estaba perfectamente. Hasta se lo

estaba pasando bien. Parecía estarse divirtiendo en grande, puede creerme.

Iba a añadir «… a costa mía», pero me callé. Bastante tenía el hombre con lo que le había caído encima.

Así que lo dejé allí, y conduje a toda velocidad hacia la entrada de la casa.

Un par de kilómetros antes, sin embargo, frené en seco. Una gran columna de humo aparecía entre los árboles.

—¡Maldita sea! —solté—. ¡Es demasiado tarde!

Volví a poner en marcha el coche y volé sobre ruedas hasta la entrada. Antes de llegar, solté otra exclamación.

—¡Los letreros! ¡Han quitado los letreros de advertencia!

No frené esta vez, pero ya sabía lo que iba a encontrar. El portón estaba abierto, un gran montón de muebles y desechos varios ardía, como una hoguera de San Juan, en medio del patio…

… Y desde la parte trasera, se elevaba un helicóptero. Un vulgar helicóptero civil, creo un «Gazelle» francés, de los más vulgares en todo el mundo.

Maldita sea, creo que era la cara de hiena de Leatherwood la que vi en el asiento de junto al piloto. El muy bastardo, si hubiera tenido un fusil… Pero no pude hacer nada, salvo proteger mis ojos de la humareda, removida por las aspas del helicóptero, que la agitaron en todas direcciones.

Cuando pude controlar el lagrimeo de los ojos debido al humo, corrí hacia la hoguera. Demasiado grande para acercarse. Además, tampoco se veía nada.

Miré alrededor. Busqué con la vista el garaje donde habíamos entrado con el todo terreno la primera vez. Algo me llamó la atención. Me fijé un poco y… ¡dioses, una mecha lenta, encendida!

Corrí hacia allá. ¿Han probado alguna vez a apagar una mecha de ésas? Resulta imposible. Así que corrí hacia el otro extremo, y conseguí hacer lo que siempre es más fácil: arrancar la mecha de la carga explosiva. En este caso, un buen paquete de cartuchos de dinamita.

Solté un resoplido, mientras echaba una mirada dentro. Sí, los coches nazis estaban allí. Pero no había uno solo de los todo terreno. Ni uno. El lugar estaba medio vacío, sólo las piezas históricas.

Tuve un presentimiento, y corrí hacia el otro lado del patio. Recordaba que la maldita «nevera» estaba por allí. Por allí al menos había estado el «*ring*» en el que me obligaron a hacer el número de baile.

En efecto, allí había otra mecha…

… ¡Y la llama ya entraba por la puerta del barracón contiguo!

Me lancé hacia allá en el más perfecto estilo de «placage» de béisbol o *rugby*. Aterricé en el suelo junto a un montón bastante más grande de cartuchos de dinamita, que esta vez tenían la mecha a menos de diez centímetros.

No había tiempo para nada ya. Cogí el paquete y, desde el mismo lugar donde estaba, lo lancé hacia la entrada de la fortaleza, donde el portón. Luego, rodé sobre mí mismo hacia la pared, buscando protección de lo que sabía que iba a venir.

Y llegó inmediatamente, puntual. Una espantosa explosión como no he visto ni en Indochina. Ni cuando Vietnam. Un estampido indescriptible, que hizo temblar el suelo, hundió puertas y ventanas, provocó una verdadera tormenta de vidrios rotos volando por la onda expansiva, y deshizo la gran hoguera de en medio del patio, repartiendo pavesas por todas partes. El peligro de incendio no hizo más que multiplicarse.

Cuando conseguí levantarme, tuve que seguir corriendo. A patadas, aparté algunos de los trozos de muebles, telas o gomas ardiendo, de los lugares donde la explosión los había lanzado. En algunos casos, no conseguí evitar que propagaran el fuego a una puerta, un bidón de sustancia inflamable o cosas semejantes. Trabajé como loco durante un buen rato, pero no pude hacer más.

Luego, a lo lejos sonó una sirena. Suspiré aliviado.

Pero el primero que apareció por la puerta, no fue un policía, sino un bombero. Y tenía aspecto de hombre de campo. Resultó ser de la brigada de incendios forestales, atraído por la humareda. Él y sus compañeros, sin embargo, consiguieron que no ardiera toda la fortaleza.

Mientras ellos me relevaban de mi papel de bombero ocasional, pude por fin entrar en el barracón. Seguía tan oscuro como yo lo recordaba en las duras horas en que me hicieron salir camino del «*ring*» y de los saltos. Pero bajé las escaleras, usando un leño ardiendo como antorcha. Estaba seguro de que tanta dinamita no

iba destinada solamente a encubrir la «nevera» que habían usado conmigo.

La encontré, desde luego. Estaba abierta, con la pared descorrida, y vacía, por supuesto. Pero en realidad, desde fuera, no podía decirse que fuera otra cosa que una cámara frigorífica cualquiera. Podía haberse usado para conservar productos del campo, sencillamente.

Había algo más. Estaba seguro de que habría algo más.

Y lo encontré, claro.

Y vaya si entendí lo de tanta dinamita. Por supuesto que lo entendí.

Había varias bodegas más, todas herméticamente cerradas. Sólo abrí una, la primera. Tenía cierres de seguridad, estancos, mecanismos especiales de extracción y purificación de aire y qué sé yo cuántas cosas más. Pero pude abrirla con relativa facilidad. Se diría que no temían que nadie entrase en ella.

Me llevé una decepción. Sólo un montón de recipientes cilíndricos, una especie de bidones. Esperaba otra cosa, la verdad.

Y ya iba a salir y cerrar, cuando algo estalló en mi cerebro.

¡Dioses!

Las neuronas se me dispararon, como locas. Me vinieron a la memoria mil recuerdos a la vez.

Vietnam. Los bimotores
C-123
. La defoliación del Delta.

Volví junto a los bidones. No había duda. Los habían pintado de nuevo, pero en los lugares en los que se habían rozado al manipularlos, aparecía la típica pintura militar. Incluso en algunos lugares aparecía, bajo la pintura, la inscripción U.
S. AR
MY. Inconfundible.

Además, los bidones eran característicos. Los «containers» típicos de esas ocasiones, destinados a productos químicos de manipulación especial. No había duda. Ni la menor duda.

Me pareció oír una sirena de nuevo, arriba, y salí, tambaleándome, de la bodega, cerrando cuidadosamente. Dioses, era demasiado bestia para ser cierto.

Subí las escaleras. Un montón de agentes de la policía rural

española, la Guardia Civil, estaban bajando de varios «Land-Rovers», y uno de ellos hablaba con el bombero que entró en primer lugar. Al verme, me señaló.

—Sí, este hombre fue. El mismo —dijo, señalándome con el dedo.

Fui directamente hacia ellos. El oficial de la Guardia Civil tenía el típico bigote tan español que suele usarse en ese cuerpo. No tenía cara tranquilizadora.

—¿Puede usted explicarme qué ha pasado aquí?

Le dije rápidamente lo de la hoguera, la explosión, el peligro de incendio y todo lo demás.

El oficial puso esa expresión típica de los de su oficio cuando se sienten inteligentes, muy inteligentes, brillantes, deductivos, geniales. Esa expresión que ponen todos los policías del mundo antes de meter la pata hasta el fondo.

—Sí, ¿eh? ¿Y usted pretende que yo me lo crea?

—¿Por qué no? Es la verdad…

—Sí, ¿eh? La verdad, ¿no? Dígame, ¿es suyo ese coche que hay en la puerta?

—He venido en él, sí. ¿Por qué?

Me señaló con el dedo casi pegado a mi barbilla, entrecerrando los ojos y ladeando la cabeza, amenazador al máximo:

—Muy sencillo: porque ese coche está cubierto de escombros de la explosión, y tierra, y pedazos de la puerta. O sea, que la explosión que usted dice, señor, ocurrió después de que ese coche llegara. O sea, que fue cuando usted estaba aquí ya.

—Claro, ya se lo he dicho, yo…

—¡No me interrumpa! ¿Quién me dice a mí que no ha sido usted quien ha provocado esa explosión para ocultar lo que a usted no le interesaba que se supiera, por razones que usted sabrá… y que yo voy a hacer que nos diga? ¿Eh? ¿Qué me dice?

Se me vino el mundo encima. No podía ser. Después de tanto follón, no. Esto ahora, otra vez, no.

¿Cómo podía yo explicarle a aquel hombre que yo no…?

El bombero intentó intervenir.

—Oiga, este hombre estaba apagando el fuego cuando llegamos. Lo que yo le he dicho es que…

Pero el guardia le cortó:

—¡Usted a callar! ¡Hablará cuando yo le diga!

Lo mío, está claro, no son los policías. Ningún policía. En cualquier parte del mundo.

Capítulo VIII

Me veía ya entre rejas, como culpable de quién sabe qué delitos, cuando llegó el padre de Jorge. Venía acompañado por varios policías, y detrás vinieron algunos más.

—¡Indiana! —dijo el padre—. ¿Has encontrado a Jorge?

Lo de menos fue decirle al padre que no, que todavía no, que no se preocupara. Lo demás fue el conflicto de competencias policiales que tenía delante, allí mismo, en el patio.

El oficial de la Guardia Civil y el inspector de policía se saludaron correctamente, se dieron la mano fríamente, y empezaron a intercambiar sablazos correctísimos, miradas asesinas contrarrestadas por palabras llenas de connotaciones administrativas, despellejamientos verbales con sonrisa en los labios. Nunca he visto nada parecido.

—Este individuo extranjero, aquí presente en el lugar de los hechos…

—Este señor nos ha enviado a llamar por medio de su compañero, veníamos justamente hacia aquí cuando…

—Las principales sospechas yo diría que recaen justamente sobre quien se encontraba solo en el lugar de los hechos…

—Cumpliendo el deber de cualquier ciudadano que se apercibe de la existencia de un siniestro y acude a ofrecer su colaboración desinteresada…

—El coche de ahí fuera, cubierto de escombros, revela que…

—El coche le había sido prestado, dada la gravedad del momento, por este otro señor, domiciliado en mi circunscripción, y de probada honradez, mientras…

Así estuvieron enredados a palabreo durante unos minutos, hasta que el guardia disparó su argumento máximo:

—Y al final, ¿qué? Acusaciones sin fundamento, suposiciones. ¿Qué delito estaban denunciando? ¿Dónde está el dueño de esta finca? ¿Por qué están aquí estos señores, precisamente cuando todo salta por los aires? Y si todo está destruido, ¿cómo va a demostrar…?

Y ahí ya me harté, e intervine:

—¿Pruebas quiere? Vengan para acá, por favor, y traigan linternas. Les mostraré esas pruebas.

Hice que me acompañaran escaleras abajo. Abrí la bodega. Allí estaban los bidones, o «containers», o lo que sea.

—¿Han oído hablar del «agente naranja», señores?

Pusieron cara de perplejidad. Algunas cosas caen más cerca de mi país que de la costa española.

—Fue ampliamente usado por mi país en la guerra del llamado Sudeste Atlántico. Un maldito producto que, esparcido desde aviones de transporte, cayó sobre la zona selvática del Delta del río Mekong y otros territorios parecidos… convirtiéndolos en desiertos donde sólo años después empezó a crecer alguna mínima hierba. Un producto que, además, resultó mortalmente cancerígeno, y sigue matando, tantos años después, a centenares de compatriotas míos que lucharon en Vietnam. Era transportado siempre en bidones como éstos siempre. Bien, aquí tienen varios miles de litros de ese producto asesino. Por eso la explosión, a esto iba destinada. A encubrir la presencia de este asesino químico.

Me estaban escuchando tan atentamente, que ya puestos, me largué el discurso. Ya he dicho otras veces que, cuando me lanzo, no hay mejor actor que éste a quien llaman Indiana.

—Cuando se descubrieron los efectos mortales de este producto, y cuando se firmó la paz de Vietnam, las Naciones Unidas hicieron un seguimiento cuidadoso de todas las reservas de «agente naranja» defollante que había en mi país… Pero algunas probablemente escaparon a ese control. Y, con la prisa que había por deshacerse de ello, probablemente se pudo comprar muy barato. Y aquí está, dispuesto a ser vendido a cualquier Gobierno sin escrúpulos de cualquier país en guerra.

Continué, después de respirar un poco, saboreando el efecto de mis palabras. El padre de Jorge me miraba con admiración. Y eso que no sabía gran cosa.

—Creo que se podrá demostrar de alguna forma la presencia aquí de un tal Leatherwood, norteamericano como yo. Este individuo, vinculado a menudo con el tráfico de armas, es la pieza clave de un negocio que tenía su base aquí, precisamente en estas bodegas. Un tráfico más peligroso aún que el de las armas normales… porque se basa en armas químicas. No he entrado aún en las otras bodegas, pero espero que sean examinadas por químicos expertos. No me extrañaría que aparezcan algunos de los productos que se han estado utilizando recientemente en la guerra

Irán-Irak

, según denuncia hecha por el primero de ambos países a la Cruz Roja Internacional… La procedencia de esos productos no ha sido aún demostrada. Pero la línea de abastecimiento podría muy bien pasar por esta ciudad, al amparo del frecuente movimiento de grandes yates de recreo que hay en su puerto deportivo.

»¿Cómo ha podido pasar desapercibido este movimiento tanto tiempo? —continué—. Estoy convencido de que los traficantes disponían de contactos a muy alto nivel. De personas que encubrían, desde altos cargos de la Administración pública, esas actividades. Pero yo soy un extranjero, señores, y ustedes los representantes en esta comarca de esa Administración. A ustedes les corresponde hacer investigaciones, y que la Justicia española haga resplandecer la verdad.

Ahí me callé. El padre de Jorge seguía mirándome, admirado, mientras los policías se miraban con frialdad. Luego salimos.

No había mucho más que hacer allí. Los policías habían inspeccionado todo. Había bastante mobiliario, pero nada que diera a entender que aquello fuera algo distinto de una fábrica o una explotación agrícola o cosa parecida. Sólo las bodegas, y aquellos coches. Pero coleccionar coches antiguos no era un delito.

Había que irse. Recordé que la «BMW» aún debía de estar allá fuera, entre los árboles. Tranquilicé al padre del chaval, comunicándole mi convicción de que su hijo nunca había estado allí, y la idea que yo tenía de que no tardaría en aparecer. El hombre puso un poco de cara de pensar «¿entonces, qué diablos hago yo aquí?», pero no dijo nada.

En efecto, la moto estaba aún donde yo la dejé. En efecto, arrancó a la primera, con sólo darle al starter, eficacia germana. Y

me sentí como nuevo cuando oí el «pu-tu-puf-pu-tu-puf», tan característico.

Por el camino, recordé más cosas. Por ejemplo, cuando en Portugal, después de conocer yo al hijo de perra de Leatherwood, uno de los arqueólogos portugueses, Aquilino, me había enseñado una revista española «del corazón». Eu ella aparecía fotografiado el que entonces era patrón de Leatherwood, Almeida Moráis da Silva, con un conocido árabe mercader de armas… en la Costa del Sol española. Y ahora el cerdo aquel, mi compatriota, aparecía a las órdenes de un nazi peligroso, dedicado al comercio de algo peor que las mismas armas. Dioses, la cosa era seria… pero dudé bastante que se supiera algún día. Sin menospreciar a la Justicia española… había demasiados intereses en juego, y muy altos. Demasiado altos.

Por si acaso, decidí telefonear a mi amiga Zenna Davis, del «New York Times», y poner a la Prensa sobre aviso. Si alguien podía conseguir que la cosa se esclareciera, sería ésa Prensa.

Y, por lo menos, le daría material para su trabajo a mi amiga, en pago por algunos favores…

Pero no me hacía ilusiones al respecto.

Capítulo IX

Volví a casa lentamente, paseando, dejando que mis ojos vagasen por el paisaje… buscando un poco de tranquilidad y sosiego después del «baile» que había sufrido, dejándome acariciar por el suave ronroneo del motor de la moto.

Dudaba mucho de que la prensa publicara nada de todo aquello.

Por fin cuando enfilé la calle que llevaba a mi hogar prestado, vi al padre de Jorge que me hacía señas desde el jardín.

Aparqué la moto y me acerqué hasta él.

—¿Ha aparecido el chico?

—Sé. Cuando he llegado a casa él ya estaba aquí. Ha cenado un poco y se ha ido a dormir.

—¿Le ha contado algo? —pregunté.

Negó con la cabeza, a la vez que añadía.

—Dice que ha estado de excursión con unos amigos que acababa de conocer, pero que… no eran de su agrado, que no piensa volver a verlos.

Lo dijo con un suspiro de alivio. Y con aire enfadado prosiguió:

—Mañana hablaré con él. Le obligaré a que me cuente toda la verdad sobre lo que ha sucedido. Si es necesario…

Yo, mientras él hablaba, me fijé en el periódico que tenía en las manos. Había una noticia que… Tomé el diario y lo desplegué. En primera página se veía una foto de un cadáver en el arcén de una carretera. «Misterioso asesinato», decía el periódico.

—¿Algún conocido? ¿Tiene algo que ver con…? —preguntó el padre de Jorge—. ¡Mañana se las va a ver conmigo! Tengo que averiguar lo que ha hecho… ¡Sea como sea!

La foto del cadáver correspondía al chico que yo había tenido montado en la trasera de la moto. Era el chaval a quien recogí

aquella vez, de manos de los soldados, cuando todo empezó. Maldita sea, estaba muerto. Deseé al menos que el causante fuera alguno de los que me cargué en el patio de la maldita fortaleza.

Tragué saliva. Y procuré disimular.

—¿Qué quiere conseguir con eso? El sabe ya que se ha metido en algo que ha terminado mal, e intuye que había cosas raras. Si alguna vez él les comenta alguna de esas «cosas raras», procuren hablarle con madurez, y listo. Para qué más.

Hubo un silencio. Luego, el hombre dijo:

—¿Cree… cree de verdad que eran nazis? ¿De verdad querían hacer un nazi de mi chico?

—Nunca lo sabremos con certeza. Pero usted sabe que en esta Costa hay gente de todo tipo. El jefe de los libaneses que masacraron aquellos campamentos de palestinos en Beirut, por ejemplo. La prensa publicó que vive aquí. Y conocidos atracadores, ladrones internacionales… La «*jet*-set» se alimenta de esa gente, que son quienes la sostienen. Por no hablar de los millonarios, cuyas fortunas vienen de donde vienen.

Me estaba poniendo moralista, y no quería. Hice ademán de marcharme, pero el buen hombre aún quería más aclaraciones.

—¿Y lo de la prostitución infantil? ¿Qué pinta ahí eso?

—Bueno, siempre se ha dicho que los nazis tenían mucho de homosexuales encubiertos. Si usted mira con cuidado las películas del Rambo ese, encontrará elementos de homosexualidad más o menos encubierta. Ya sabe, todo el que tiene que demostrar lo muy macho que es, malo… ¿no cree?

Volvió a quedarse callado. Y yo aproveché para despedirme.

—Bueno, me voy a dar una ducha. Hace días que no vengo por la casa, y…

El vecino puso cara de susto. Abría mucho los ojos.

—¡Dios mío, con todo este lío no se lo había dicho! La va a encontrar un poco revuelta…

—¿Revuelta? ¿Qué ha pasado?

—Bueno, el otro día… Pues le han entrado a robar. Creo que se han llevado el televisor, el equipo estéreo, máquinas de escribir… Todo lo que han pillado. Ya sabe, los chorizos, por aquí, son la ruina. Aprovechan cualquier descuido. Y no oímos nada, debían ser profesionales…

Me quedé mirándolo. Estaba helado. Ahora esto.

Littlerock me había hecho venir para esto, para que le cuidara la casa, para impedir que pasara exactamente esto. Dioses.

¿Cómo iba a explicarle lo que había estado haciendo, en lugar de cumplir lo prometido?

¿Cómo decirle que, además de beberme su *whisky*, usar su moto y ponerle en peligro de contagio de la lepra, no había podido impedir que…?

¿Con qué cara me iba a presentar delante de mi amigo?

Miré al vecino. Tenía una expresión tan preocupada, que resultaba cómica.

Se me escapó una risa. El hombre había respondido espléndidamente cuando necesité de él, y ahora estaba preocupadísimo por… por…

Solté la carcajada.

El vecino sonrió de verme. Luego, se contagió.

Creo que estábamos riendo todavía cuando volvió mi amigo, días más tarde. A ver, qué remedio…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «Lentas pasan las balas…», número 32 de esta colección.
<<

[2] Véase «Lentas pasan las balas…», n.º 32 de colección. < <

[3] Véase «Judy con esquís en los Diamantes», n.º 23 de esta colección. < <